

POR EL OSCARIZADO DIRECTOR
DE LA GRAN BELLEZA

LA JUVENTUD

PAOLO SORRENTINO

Plataforma
Novela

La juventud

Paolo Sorrentino



Título original: *La giovinezza*, originalmente publicado en italiano, en 2015 por Rizzoli, Milán

Primera edición en esta colección:

febrero de 2016

© 2015 RCS Libri S.p.A., Milán

© de la traducción, Miquel Izquierdo, 2016

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2007

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 3878-2016

ISBN: 978-84-16620-50-0

Imagen de portada cedida por Indigo Film

Adaptación de cubierta:

Grafime

Composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

1.

1. [La juventud](#)

1. [1](#)
2. [2](#)
3. [3](#)
4. [4](#)
5. [5](#)
6. [6](#)
7. [7](#)
8. [8](#)
9. [9](#)
10. [10](#)
11. [11](#)
12. [12](#)
13. [13](#)
14. [14](#)
15. [15](#)
16. [16](#)
17. [17](#)
18. [18](#)
19. [19](#)
20. [20](#)
21. [21](#)
22. [22](#)
23. [23](#)
24. [24](#)
25. [25](#)
26. [26](#)
27. [27](#)
28. [28](#)
29. [29](#)
30. [30](#)
31. [31](#)
32. [32](#)
33. [33](#)
34. [34](#)
35. [35](#)
36. [36](#)

- 37. [37](#)
- 38. [38](#)
- 39. [39](#)
- 40. [40](#)
- 41. [41](#)
- 42. [42](#)
- 43. [43](#)
- 44. [44](#)
- 45. [45](#)
- 46. [46](#)
- 47. [47](#)
- 48. [48](#)
- 49. [49](#)
- 50. [50](#)
- 51. [51](#)
- 52. [52](#)
- 53. [53](#)
- 54. [54](#)
- 55. [55](#)
- 56. [56](#)
- 57. [57](#)
- 58. [58](#)
- 59. [59](#)
- 60. [60](#)
- 61. [61](#)
- 62. [62](#)
- 63. [63](#)
- 64. [64](#)
- 65. [65](#)
- 66. [66](#)
- 67. [67](#)
- 68. [68](#)
- 69. [69](#)
- 70. [70](#)
- 71. [71](#)
- 72. [72](#)
- 73. [73](#)
- 74. [74](#)
- 75. [75](#)

En el límpido cielo de primavera, un rostro profundamente británico. La palidez sitiada por el rubor, cabellos cortos y claros, americana y corbata; tendrá unos cincuenta años. Una expresión inteligente. Y también persuasiva. Sentado en el hermoso jardín del hotel, mantiene las piernas cruzadas.

A su espalda, algo apartados, se sientan dos asistentes más jóvenes.

Más alejada, una piscina fantástica. Pocos bañistas, en una atmósfera soñolienta, vacacional, mañanera. Todos arrebujaados en idénticos albornoces, suaves y blancos.

El prado immaculado aparece sembrado de varios *jacuzzis*.

Al fondo, se aprecia un fabuloso hotel alpino. Cálido, solemne y lujoso a un tiempo.

Enmarcando el hotel, los Alpes soberanos.

El cincuentón saca un paquete de cigarrillos y está a punto de encender uno cuando una voz calma, sin atisbo de reproche, le advierte:

—Aquí no se puede fumar.

—¿Tampoco fuera?

—Ni siquiera dentro.

La voz calma pertenece a un hombre sentado enfrente del primero. Inglés, unos ochenta años, en un suave traje beis, gafas imponentes de montura negra, tras las cuales anidan unos iris claros y acuosos, preñados de melancolía y perspicacia. Se trata de Fred Ballinger.

Una mesita los separa a ambos. Fred tiene un periódico abierto ante él. Es un hombre tranquilo, sereno, plácido, con los ojos atravesados por una vaga desilusión, mientras desenvuelve un caramelo que se mete en la boca con gesto seguro, de consumidor habitual.

—Señor Ballinger, ¿puedo llamarlo maestro?

Fred Ballinger se encoge de hombros. Le trae sin cuidado.

—¿Qué tal las vacaciones?

—Muy bien, gracias.

—¿Hace mucho que viene aquí?

—Más de veinte años. Venía con mi mujer. Luego he seguido viniendo solo, pero tengo muchos amigos.

—¿Y por qué Suiza?

—Está cerca de Italia. Y yo, después de Londres y Nueva York, dirigí la orquesta de Venecia durante veinticuatro años.

—¡Claro, qué tonto! Además, este debe de ser un lugar muy relajante.

—Es únicamente un lugar muy relajante.

El cincuentón sonríe. Fred no.

—¿Todavía dirige o compone música, maestro?

—No. Me jubilé.

—Ni que decir tiene que yo soy, como todo el mundo, un gran admirador suyo.

—Gracias.

El cincuentón inglés sonríe.

—Maestro, tal como le comentaba, trabajo para la organización de eventos especiales del palacio de Buckingham.

Fred se incorpora levemente.

—¿Trabaja para la reina?

—¡Prácticamente!

—Está bien. Las monarquías siempre enternecen.

El cincuentón parece sorprendido.

—Si se me permite preguntar, ¿por qué le enternece la monarquía?

—Porque es vulnerable. Basta con eliminar a una sola persona y el mundo, de golpe, cambia. Como en los matrimonios.

—La reina se sentiría honrada si usted quisiera aceptar, en el mes de junio, el título de «Sir».

Fred Ballinger deja escapar una sonrisita.

—¿Sabe lo que dijo Satie cuando le ofrecieron la Legión de Honor? Dijo: «¡No basta con rechazarla, no hay que merecerla siquiera!». Aunque yo no soy Satie. Y debe perdonarme, tengo la mala costumbre de recurrir a las citas.

—Su Majestad sería feliz sabiendo que usted acepta.

—Su Majestad nunca ha sido feliz.

El emisario de la reina, algo azorado, deja pasar el comentario.

—Además, la concesión del título coincidirá con el cumpleaños del príncipe Felipe, y la reina querría ofrecerle un concierto con la Orquesta Filarmónica de Londres en el teatro de Wimbledon, al que el príncipe se siente particularmente vinculado por motivos que desconozco, y sería muy feli... se sentiría muy honrada si la dirigiera usted con fragmentos extraídos de sus propias composiciones.

—Hace mucho que no dirijo.

El cincuentón sonríe.

—Estoy seguro de que no ha olvidado cómo se hace.

Fred Ballinger reflexiona, serio.

—No, no lo he olvidado.

El emisario dibuja una sonrisa radiante.

—El príncipe Felipe y la reina se sentirán extasiados al escuchar sus célebres *Canciones placenteras*.

Con gran calma, casi resignado, Fred dice:

—No dirigiré ninguna de mis *Canciones placenteras*.

—¿Por qué?

—Por motivos personales.

—Podemos contar con la gran Sumi Jo como soprano.

—Sumi Jo no sirve.

—Dígame qué soprano quiere y la tendrá.

—No quiero a ninguna.

La decisión parece irrevocable. Fred Ballinger retoma la lectura del periódico. Hace tiempo que no le hacen mella los halagos. El emisario se siente derrotado, agacha la cabeza.

Silencio. Solo un ruido leve. Con los dedos, Fred refriega a intervalos de idéntica duración el papel plastificado del caramelo. Los intervalos, breves y alternos, marcan inequívocamente un «ritmo musical».

El emisario de la reina se lleva el cigarrillo a la boca, acerca el mechero, pero se acuerda de que está prohibido fumar.

—Permítame, maestro, pero la reina podría tomárselo a mal: no está acostumbrada a que le digan que no —balbucea, en una última, torpe tentativa.

Mientras lee el periódico, Fred Ballinger interrumpe *ex abrupto* el movimiento del envoltorio del caramelo.

—Ya se hará a la idea. Hay cosas bastante más importantes que mis *Canciones placenteras*.

El emisario se levanta, desconsolado.

—Bien. Referiré cuanto hemos hablado. Hasta la vista, maestro.

Y empieza a alejarse. Los dos asistentes lo siguen. Tras levantarse, dejan ver a sus espaldas, en otra mesita, a un hombre que parece haber oído toda la charla.

Se llama Jimmy Tree, tiene treinta y cuatro años. Californiano, belleza maldita, es un divo de Hollywood. A primera hora de la mañana, está comiéndose un bistec con patatas fritas. Tiene mal aspecto, que esconde bajo una gorra de béisbol que no le sienta bien, barba de tres días, gafas de sol y ropa informal y arrugada.

Los tres hombres ingleses circundan la piscina para alcanzar la salida, pero alguien llama vivamente la atención del emisario de la reina.

Se trata de un hombre que está flotando en la piscina. Solo la cara emerge del agua. Una cara hinchada, de sudamericano, los cabellos teñidos de un amarillo irreal, labios carnosos, unos cincuenta años, facciones sufridas, ojos negros e inteligentes, y arrugas como surcos que no concuerdan con un hombre de mediana edad. Mira al vacío.

El emisario, por su parte, lo mira fijamente y pregunta en voz baja a uno de los asistentes:

—¿Has visto? Pero ¿es él?

Los dos asistentes vuelven la mirada hacia la piscina y lo reconocen inmediatamente. Se emocionan.

—Sí que es él.

—Dios santo, es él.

Los tres siguen adelante, por más que no consigan dejar de mirar furtivamente al sudamericano en la piscina, que, con ayuda de una mujer de unos cuarenta años y de tres socorristas, en los cuales se apoya casi como un peso muerto, sale del agua utilizando unos accesibles escalones, que sin embargo a él se le antojan insuperables.

Y es que el hombre, a medida que lo vemos salir lentamente de la piscina, revela una obesidad desacostumbrada y un esfuerzo infinito para moverse. Jadeante, esta

voluminosa y carismática figura se acomoda junto a la piscina. Sus brazos están tapizados de tatuajes que representan rostros de famosos héroes de famosas revoluciones.

Los socorristas se alejan. La mujer de unos cuarenta años, de expresión paciente y bondadosa, tiene aspecto de ser su pareja. Se sienta junto a él. Con una toalla le frota la cabeza. Cuida, amorosamente, del ballenato.

Venecia, de noche

Esporádicas e irregulares, como chasquidos mitigados que provinieran del fondo del mar o de la consciencia, se dejan oír de vez en cuando unas notas breves de guitarra.

El panorama es como una visión.

Una visión preciosa: la plaza de San Marcos desierta e inundada. Inmensa, con los soportales y los palacios inolvidables y un lago cuadrado que lame todas las columnas.

Una pasarela larga y estrecha permite cruzar la plaza. Pero no hay nadie, por ahora.

Más tarde, durante la noche de esta ciudad misteriosa por definición, aparece Fred Ballinger al fondo de la estrecha pasarela.

Camina con pasos cortos, fatigados y vulnerables, como suelen hacer los ancianos.

Fred levanta la vista y divisa, en el extremo opuesto de la pasarela, a un ser femenino escultural que avanza en su dirección. Y así proceden, como los únicos seres humanos en esta Venecia irreal e inundada. Ahora están más cerca, a punto de cruzarse, y Fred, con estupor mal disimulado, calibra a la mujer: un metro ochenta y cinco. De una belleza imposible, cabellos negros y ojos verdes: parece de mentira, lleva un bañador y una faja cruzada con el lema «Miss Universo».

Avanza por la pasarela con el porte inhumano propio de las *top models* durante los desfiles. Están a punto de cruzarse. Pero la pasarela solo tiene un metro de ancho, de modo que ambos se ponen de lado para permitir el paso del otro sin verse obligados a saltar. Inevitablemente, se rozan. El escote lozano de Miss Universo acaricia el pecho exiguo de Fred Ballinger.

Él la mira desde abajo como quien otea una tragedia benigna.

Ella, gélida como todas las *misses*, mantiene la mirada perdida en el vacío, ajena al ambiguo roce fugaz de su cuerpo perfecto contra el de Fred.

Superado el riesgo de accidente, cada cual prosigue por su camino. La *miss*, de espaldas, se aleja contoneándose bajo la luna llena, rodeada por la masa de agua, como en un sueño equívoco de Dolce & Gabbana.

Fred avanza por la pasarela y empieza a sentir miedo, y con razón: la marea está subiendo repentinamente de nivel. Inunda la pasarela, le cubre los pies, luego los tobillos, las rodillas.

Fred trata de caminar más deprisa, pero es viejo y el agua opone resistencia. Se vuelve y reprime un grito, como si pidiera socorro a Miss Universo.

—¡Melanie, Melanie!

Pero Miss Universo ya no está, como si se hubiera volatilizado.

Fred sigue adelante, el agua casi le alcanza el pecho, ahora el cuello, el mentón, y, aterrado, ahoga una nota cuando, por suerte...

Se despierta. Se recobra enseguida. Se levanta a duras penas de la poltrona. En torno no hay nadie. Es tarde. Más alejados, unos clientes noctámbulos del hotel forman un corrillo.

Aquellas notas chasqueadas de guitarra son ahora nítidas y reales. Y persisten.

Fred se encamina a pasitos; los faros subacuáticos de la piscina infunden una luz de penumbra.

Avanza por el prado desierto y, sobre las notas de la guitarra, se impone una voz, que proviene del corrillo.

La canción es *Onward*. Un tema folk americano sobrio y ejemplar, magnífico. De modo instintivo, Fred se dirige hacia la música. Alcanza el corrillo en el que Mark Kozelek está tocando con la guitarra en el regazo. Hay también tres mujeres, un muchacho de unos veinte años y Jimmy Tree. El grupito, apacible y relajado, disfruta de la balada del gran *folksinger* norteamericano.

En pie y a poca distancia, Fred Ballinger se detiene y escucha la hermosa canción. Mark Kozelek lo ha visto y no logra disimular cierta emoción ante un espectador tan ilustre. Amaga una leve inclinación reverencial con la cabeza y, en una pausa instrumental, le dice a Fred: «Maestro».

Fred esboza una sonrisa.

Jimmy Tree, tendido en la hierba con los ojos cerrados, los abre y ve a Fred. Se intercambian un ademán de saludo, Jimmy añade un gesto amistoso para que se le acerque.

Fred se acerca y se sienta al borde de una hamaca junto a él, que le ofrece una taza:

—He echado a escondidas algo de *gin-tonic* en la infusión, ¿le apetece, señor Ballinger?

—No, gracias. Habría preferido unas gotas de infusión en un *gin-tonic*.

Ambos sonríen.

Fred saca un pañuelo de tela, se suena brevemente la nariz, vuelve a doblar con pericia el pañuelo y, con un gesto seguro repetido mil veces, lo pasa cuatro veces al vuelo sobre la nariz y lo devuelve al bolsillo de la americana.

Jimmy Tree ha observado con suma atención, disimulada por una sonrisa irreprimible, el gesto de Fred con el pañuelo.

—Hoy andaba pensando que usted y yo tenemos el mismo problema —le dice.

—Veamos.

—Por haber cedido en una ocasión a la liviandad, se nos ha encasillado por siempre jamás.

—Tal vez. Porque la liviandad es una tentación irresistible.

—Yo he trabajado con los grandes directores europeos y norteamericanos, pero el público siempre me recordará por *Mister Q*, una mierda de robot de hierro. Además, interpreté el papel con una armadura de noventa kilos y no se me veía la cara. Cada media hora alguien me recuerda que hice *Mister Q*, y a usted le recuerdan que hizo las *Canciones placenteras*. Olvidando que ha compuesto *El prisma negro*, *La vida de Adriano* y todo lo demás.

Fred Ballinger sonríe, así como Jimmy. Se hacen cómplices.

—Porque la liviandad también es una perversión —afirma Fred—. ¿Qué hace en Europa?

—Dentro de un mes empiezo una película en Alemania. Estoy preparando el personaje.

—¿Un personaje liviano?

—Depende del punto de vista.

—¿Y le sienta bien?

—Ya veremos.

Mark Kozelek exhala la última nota de *Onward*. El grupo de amigos aplaude suavemente. Fred no se suma al aplauso. Luego, levantándose trabajosamente, empieza a despedirse de Jimmy.

—Ya se ha hecho tarde para mí.

—Para mí no.

Fred sonríe. Jimmy lo saluda con los dedos en la sien, parodiando el saludo militar.

Fred se aleja con su paso vacilante de anciano. Jimmy bebe y escruta su lenta andadura.

Fred Ballinger en el vestíbulo, frente a la recepción, espera inmóvil el ascensor.

Un joven conserje nocturno mira embobado un televisor pequeño sin volumen.

Una mujer menuda y recatada, que lleva mal sus sesenta años, llama a la puerta del hotel. El conserje, sin apartar la mirada del televisor, como en un gesto rutinario, pulsa un timbre y le abre. La mujer entra y se sienta en un banco, mirando al vacío, dolida y resignada.

Fred Ballinger ha asistido inexpresivo al episodio. Por fin, el ascensor. Una jaula de rejilla antigua. Entra. Sube.

Se detiene en un piso. Se cruza con una chica de veinte años, rolliza, poco agraciada, que espera el ascensor para bajar; unos granos dispersos en la cara desentonan y contrastan con su hábito escueto y agresivo. Podemos sospechar tranquilamente que se trata de una acompañante, una acompañante algo peculiar.

Fred olvida mirar y ella tampoco le presta atención.

Ballinger avanza solitario, con pasitos lentos. Ante las habitaciones destacan, ordenadas, las zapatillas de *trekking* que los clientes han dejado aireándose.

En el silencio de la noche, un anciano en una silla de ruedas eléctrica adelanta a Fred y desaparece en un recodo del pasillo.

Un sonido proveniente de una habitación lo detiene, es alguien practicando con el violín. Se vuelve para localizar la fuente sonora. El sonido comienza de nuevo, solo dos notas mal tocadas: sí, sin duda es uno de aquellos ejercicios extenuantes.

Fred da un paso en dirección al sonido, pero el instrumento ha dejado de tocar.

Se dispone a retomar el camino cuando se topa con su imagen reflejada en un espejo. A modo de comprobación, se pasa un dedo sobre una mancha de sol reciente que le bordea la sien.

Las notas lejanas del violín dan vida a una música leve, suave, de una discreta melancolía.

Estamos en una *suite* donde impera un desorden de hojas, apuntes y ordenadores portátiles por doquier, sin apagar.

Cinco jóvenes, cuatro chicos y una chica, por debajo de los treinta años, duermen acurrucados y diseminados entre los sillones y la cama. Duermen el sueño de los justos.

De pie en la habitación están Fred Ballinger y otro anciano, también de unos ochenta años, atractivo aún, media melena, ojos claros, lúcidos, omnívoros y vitales. Se llama Mick Boyle.

Los dos ancianos observan en silencio al grupo de muchachos durmientes. Pasado un rato, el violín enmudece.

—¿Hoy has meado? —pregunta Fred.

—Dos veces. Cuatro gotas. ¿Tú?

—Lo mismo. Más o menos.

—¿Más o menos?

—Menos.

—Mira qué guapos son —dice Mick.

—Sí, son guapos.

—Si supieras lo conmovedores que resultan cuando escriben las escenas... Tan apasionados...

—Les has contagiado.

—¿Tú ya no te apasionas?

Fred se encoge de hombros.

Con un gesto habitual en él, Mick se alisa los cabellos de la frente con la palma de la mano, y cambia de tema.

—¿Ves a esos dos? —Señala a la chica y a uno de los chicos, que duermen en extremos opuestos de la habitación.

—Sí, claro.

—Están enamorándose, pero aún no lo saben.

Nadie se da cuenta, pero la chica, sin abrir los ojos, esboza una sonrisa. No duerme.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Mick Boyle medita.

—Lo sé porque yo lo sé todo del amor.

—Entonces, tendrías que impartirme un curso.

—Ya es tarde. ¿Sabes la buena nueva? Joyce Owens, alias Miss Universo, se alojará aquí. Uno de los premios que ha recibido consiste en una semana gratis en este hotel.

—Sí, lo he oído decir. Pero más que un premio parece un castigo.

—Y de eso se trata. A determinadas bellezas hay que castigarlas, para que la vida nos resulte más soportable a los otros.

—¿Qué tal va tu guion?

—Será mi obra maestra. Mi testamento. Y Brenda será una protagonista inolvidable. Hoy hemos dado con el título: *El último día de la vida*, ¿qué te parece?

Fred piensa, luego dice:

—Es bonito. Me voy a la cama.

Se dispone a salir cuando, al fondo de la habitación, Mick sacude a uno de los chicos.

—Chicos, en pie, ya es hora de que volváis a vuestra pensión.

Una hermosa mujer de cuarenta años duerme candorosamente en la cama de Fred.

Se llama Lena.

Sobre la cómoda reposa una foto enmarcada de diez años atrás, que muestra a Fred abrazado a una señora de su edad. En la imagen sonríen felices. Se puede presumir que se trata de su esposa.

Fred está sentado en un sillón. Le brillan los ojos mientras contempla a la mujer que duerme.

Lena abre los ojos. Lo ve. Se sorprende.

—Papá, ¿no duermes?

Fred, tratando de disimular las lágrimas, esboza una sonrisa triste.

—No, te miro.

Lena percibe las lágrimas del padre.

—Pero, papá...

Fred se adelanta:

—No pasa nada. Los viejos lloran siempre. Sin motivo.

Escarcha en las primeras horas del día. El extenso jardín del hotel al alba, en el que se espacian hermosos árboles centenarios.

Llegan la acompañante rolliza y la sesentera menuda vista en recepción. Probablemente se trata de la madre.

Caminan cogidas de la mano, tristes y olvidadas por el mundo.

La chica se ajusta con gesto desmañado y carente de elegancia un pantalón cortísimo e incómodo que se le mete entre las nalgas.

Mick Boyle está sentado en un banco y consulta los apuntes de trabajo. Percibe la presencia de las dos mujeres, levanta la mirada, que se ensombrece tan pronto como nota

que la madre y la chica avanzan cogidas de la mano.

Está clareando tras los Alpes imponentes, mientras la escarcha se desprende de las hojas de plantas preciosas.

Una chiquilla de unos dieciocho años, menuda y de facciones delicadas, un concentrado de timidez, está practicándole un masaje a Fred, que permanece boca abajo en una camilla a tal efecto.

Lena está cerca de la ventana de la *suite* y ve a un hombre asiático sentado al fondo del prado.

—Abajo está el hombre que levita.

—Hace años que vengo aquí. Jamás ha levitado. Entonces, ¿adónde vais al final? —pregunta Fred.

—Julian, como de costumbre, se ha pasado. Dos semanas en la Polinesia.

—Bien.

—Estarás contento de tener toda la habitación para ti. Te estaba estorbando —dice ella, sonriendo.

—Al contrario. Me hacías compañía. Mick trabaja y yo me aburro.

—No te aburrirás. Te he reservado el tratamiento completo. Todo el día masajes, saunas, chequeos médicos... Así te pones en forma.

—A mi edad ponerse en forma es una pérdida de tiempo. Todo esto lo hará aún más pesado.

—Tú eres víctima de la apatía. ¿Por qué no te vas un día a Venecia? Podrías llevarle flores a mamá.

Fred calla.

La masajista se muestra reservada, como si no oyera.

Lena prosigue:

—Por cierto, los franceses me escriben cada día. Insisten con tu libro de memorias. ¿Qué hago?

—Deja que insistan.

Ella mira al padre desnudo, víctima del masaje. El cuerpo desgastado por la edad. Una expresión de ternura se le dibuja en el rostro.

Se despide, triste.

—Adiós, papá. Te llamo cuando llegue.

—Diviértete.

Lena agarra la maleta y sale de la habitación.

—¿Le importaría ponerse boca arriba? —pregunta la masajista. Tiene una voz de niña que la hace más entrañable aún. Con cierta dificultad, Fred se coloca boca arriba. La chica se aplica en los brazos.

Ballinger tiene los ojos cerrados, pero de repente abre uno, a medias, solo para mirar la cara de la masajista.

Comienza la vida cotidiana de ese complejo desmesurado, que es al mismo tiempo hotel, balneario, centro médico, club deportivo y de rehabilitación física. Con ritmos y horarios definidos y pautados.

Y, en efecto, en los pasillos, en cada una de las plantas, tintinean viejas campanillas anunciando citas a las que hay que acudir sin tardanza.

Enfermeras y masajistas, en sus uniformes respectivos, abandonan los asépticos vestuarios y se dirigen a sus lugares de trabajo. Los médicos llevan bata.

Los huéspedes, en su mayoría ancianos, todos con albornoces proporcionados por el hotel, forman filas ordenadas y se dirigen a los puntos de encuentro, a las piscinas, a las saunas, a las salas de masaje.

El vaivén exiguo, silencioso y calmo de un mundo que se pone en marcha.

A contraluz, en el salón de los desayunos, los camareros se disponen a reordenar las mesas. Un cocinero anoréxico alcanza la trasera de las cocinas. Saborea la primera calada de un cigarrillo mientras observa la nitidez azul del cielo tras las montañas suizas.

Una soporífera música *new age* invade la sala de masajes.

La penumbra se ve interrumpida por una marea de velas diseminadas por todas partes. Fred está acomodado en una enorme cuna de paja. Como un niño Jesús de ochenta años.

Un hombrecillo tailandés de unos cincuenta años dispone sobre su cuerpo una serie de piedras negras candentes. Cada vez que le coloca una, Fred amaga un leve gemido de dolor.

El masajista sonríe; luego, con un inglés vacilante, dice:

—Después del dolor viene el placer.

—Y luego el dolor otra vez —concluye Fred.

Una enfermera está extrayéndole sangre a Fred.

Entra en la habitación un médico de unos sesenta años. De cara simpática y afable.

—¿Qué tal vamos, señor Ballinger?

—Vamos. No sé adónde, pero vamos.

El médico sonríe, luego se detiene a observar el rostro de Fred. Entonces se pone las gafas y lo escruta atentamente.

—Mi hija me ve apático. ¿Se nota mucho?

El médico sonríe.

—¿Le gustaría que quitáramos estas manchas de sol con el láser?

—No, ¿por qué?

—Porque son antiestéticas.

—Pero me recuerdan una cosa fundamental.

—¿Cuál?

—Que mi vida está llena de manchas.

El médico sonríe, Fred sonríe. La enfermera ha concluido la extracción.

Fred mira por la ventana, que enmarca una cumbre inmaculada de los Alpes, contra un azul de pulcritud irrepetible. Ahora se lo ve serio.

Los jóvenes guionistas están en el clímax de una riña verbal. Mick, inmerso en la marea de papeles de su *suite*, los escucha sin intervenir. Fred entra en la habitación, pero nadie le presta atención. Están todos demasiado enardecidos y sumidos en la discusión. Se dispone a escuchar, imparcial.

Las palabras de unos y otros se superponen, pero dos de ellos gritan más fuerte y se atacan con mayor saña.

Son, naturalmente, el chico y la chica a quienes Mick ve en camino de un enamoramiento recíproco.

—Lo que te pasa es que has visto demasiadas películas, anormal, y te has olvidado de vivir.

—¡Las películas son la vida misma! Tú solo sirves para criticar. Jamás te ha venido una sola inspiración.

El otro ríe y aplaude, sarcástico.

Un guionista tímido, sentado junto a Mick, comenta la riña en voz baja:

—¡Exacto!

—¿La inspiración? ¿Es que no te han enseñado en la escuela de cine que la inspiración no existe? Es una mentira. No existe la inspiración, existe la fermentación.

—¡Exacto! —repite el tímido.

—Existe la inspiración, claro que existe —suelta la guionista—, pero tú no tienes talento y por tanto no la reconoces.

—¡Exacto! —repite el otro.

Mick percibe la incongruencia de los comentarios del colega tímido sentado junto a él, y le espeta severamente:

—¿Qué coño te pasa? ¿Les das la razón a todos?

—Pues claro. Soy inseguro y temeroso. Mis padres jamás me apoyaron. El deporte preferido de mi hermano era pegarme. Mi hermana me llamaba «fracasado». Nunca he tenido novia e incluso alimento serias dudas sobre mi identidad sexual.

A Mick le da por reír.

—¡Para ya! No conseguirás emocionarme.

—Mi tía tiene polio.

Mick se ríe.

—¡No vuelvas a permitirte jamás decir que no tengo talento, idiota! —replica, rabioso, el primer guionista.

—No es ahora cuando te toca fermentar. Parásito sin talento.

—Ya basta. Me tenéis hartos —los interrumpe Mick—. Tenemos que resolver el final y os dedicáis a perder el tiempo hablando de los máximos sistemas.

Fred apunta:

—Es que tienen razón. De los máximos sistemas dependen los mínimos sistemas.

Es ahora cuando reparan en su presencia.

—Ah, estás aquí, Fred. Oye, todavía tengo para un par de horas, luego debo ir a hablar con el médico y ya te alcanzo.

—De acuerdo.

Apenado y algo decepcionado porque su observación no haya sido tomada en cuenta, Fred abandona la habitación mientras Mick apremia a sus guionistas.

—¿Entonces? Una idea para el final.

Interviene un muchacho que hasta entonces no había participado de la riña dialéctica. Lleva una larga barba y el pelo alborotado. Prototipo de joven culto e irónico. Como alcanzado por una visión, dice, soñador:

—Él, a punto de morir, con un hilo de voz le murmura a la mujer: «No llores, querida. Ya sabes que las mujeres que lloran siempre me han parecido frívolas y repelentes».

Los dos que se peleaban se miran cómplices y ríen.

El guionista inseguro y temeroso reflexiona y suelta, firme:

—¡Precioso!

Mick le lanza una mirada hastiada y comenta:

—Qué mierda de idea. ¿Algo más?

El entumecimiento de los clientes del hotel se deja sentir como una anestesia general. Aturdidos por el silencio, podemos observar la dispersión pausada de ciertos rusos ricos que, a primera hora, se dejan caer en las hamacas para tomar el sol, o la inmovilidad en la piscina de una atractiva familia de negros norteamericanos.

En un rincón, a la sombra de un porche, es posible hacerse un masaje al aire libre. Así, dos adolescentes remolonean y ojean furtivamente, rendidos por la avalancha hormonal, a una hermosa mujer que se somete plácidamente a un masaje.

Pocos clientes. Todos ricos.

En el cielo, contra los Alpes colosales y límpidos, se pueden divisar a lo lejos a algunos paracaidistas.

Un par de ancianos muy mayores se han adormilado en sus sillas de ruedas motorizadas. Sus cuidadoras orientales son discretas e invisibles como ratoncitos.

Junto a un padre decrepito, su hijo cincuentón ejecuta unos ejercicios de gimnasia.

Al final del jardín, el sudamericano obeso apoyado en un bastón, separado por un seto del mundo exterior, está firmando autógrafos a un grupo heterogéneo de personas que parecen hechizadas ante la visión del héroe. De perfil, la compañera, eternamente inquieta por su hombre, impone orden en el turno de autógrafos. Alguien hace una foto con el móvil. La mujer se cabrea y prohíbe de modo terminante la toma de fotos.

En su camilla, con el albornoz blanco, Fred Ballinger chupa un caramelo y observa con interés resignado el ritual de los autógrafos firmados por el sudamericano. Con la mano que le cuelga fuera de la camilla, frota el papel del caramelo a intervalos irregulares, ejecutando un ritmo definido.

Jimmy Tree se halla en la camilla anexa y también él observa al sudamericano; aunque la atención de Jimmy recae ante todo en el bastón de madera de raíz. Un bastón de antigüedad simulada, retorcido y nudoso.

Jimmy mira en torno y ve otra cosa que llama su atención: una madre unta de aceite bronceador a su hija de trece años.

La chiquilla, pálida hasta parecer transparente, mira al suelo, como vencida por una timidez patológica. Luego, sin motivo aparente, se muestra nerviosa, pues empieza a morderse las uñas con voracidad inusitada. La madre le habrá dicho que pare, porque ahora la chiquilla se cabrea, pega un grito, se levanta y se va a toda prisa.

Como decíamos, Jimmy, con un cigarrillo apagado que le cuelga de la boca, no deja de observar esta escena como un entomólogo.

Con ayuda del bastón y de la mujer, el sudamericano se encamina de vuelta por el jardín. Bordean una pista de tenis desierta, pero la mirada del hombre se posa en un detalle: en la pista se aprecia, olvidada, una pelota de tenis.

Fred y Mick se asoman al mostrador de una farmacia.

Fred, impasible, espera, mientras el otro, con gafas graduadas sobre la punta de la nariz, supervisa que el farmacéutico actúe como corresponde.

El hombre en bata dispone ante Mick numerosas cajas de medicinas diferentes, una auténtica «montaña» de productos.

—Es todo.

—Bien.

Mick se vuelve hacia Fred y entonces se da cuenta de que este no ha comprado nada para él. Vacilante, le pregunta:

—¿Y tú no tomas nada?

Entonces, Fred simula dudar, mira en derredor y, al azar, deja caer la mirada en el primer anaquel que se le presenta. Alberga diversas clases de tiritas.

Fred agarra la primera cajita que ve y la planta ante el farmacéutico.

Mick ha seguido sus gestos con atención.

—Pero ¿para qué quieres las tiritas?

—Para nada. Las cojo por solidaridad.

El amigo se vuelve de nuevo para mirar su montaña de medicamentos y dice para sí, aunque medio dirigiéndose a Fred, medio en broma, medio en serio: «Manda cojones».

Una sonrisa sardónica ilumina el rostro de Fred Ballinger.

Fred y Mick pasean por el hermoso valle, por un prado que muestra a mano derecha una extensión de árboles, y a la izquierda bordea un pueblo sudtiroles.

Charlan.

—¿A ti por qué te parece que siempre venimos a pasar las vacaciones aquí, desde hace años? —pregunta Fred.

—Porque siempre hay que volver a los lugares donde fuimos felices.

Fred sonríe.

—Es el guionista quien habla.

—¡Ojalá! Es John Cheever.

—¿Recuerdas a Gilda?

—¿La película?

—No, Gilda Black. De la que nos enamoramos los dos.

—¿Gilda Black?

—Gilda Black.

Mick se ríe.

—¡Con qué me sales ahora! Eso fue hace cien años.

—Es como si fuera ayer. Habría dado veinte años de mi vida por acostarme con ella.

—Habría sido una estupidez. Gilda Black no valía veinte años de vida. Ni un día siquiera.

De golpe, Fred se siente engañado y algo aprensivo.

—¿Y tú qué sabes? ¿Te acostaste con ella?

Mick balbucea, sabe que ha metido la pata.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Lo sabes muy bien. Hace sesenta años me juraste que no te habías acostado con ella por respeto a mi amor hacia ella. Ahora tu versión es otra.

—Mira, debo hacerte una confesión.

—¡Estupendo, adelante!

—La auténtica tragedia, y, hazme caso, se trata en verdad de una tragedia, es que no me acuerdo de si me acosté con Gilda Black.

—¿Lo dices en serio?

—Por desgracia, sí. Te lo juro.

—Bien, eso cambia las cosas.

—¿En qué sentido?

—Si contara con la seguridad de que lo hiciste, nuestra amistad podría darse por finiquitada. En cambio, así... puedo convivir con la duda.

—Y en cualquier caso, si me hubiera acostado y no lo recuerdo, quiere decir que no valía veinte años de vida. ¿No crees?

—Sí, tienes razón. Gilda Black es un capítulo cerrado entre nosotros.

—Perfecto. ¿Los chicos se han ido ya?

—Tu hijo ha tirado la casa por la ventana: la Polinesia.

—Lo sé, es un derrochador. ¿A quién habrá salido?

—A ti seguro que no.

Mick ríe. Silencio. De pronto, Fred se impacienta. Suspira.

Mick se da cuenta.

—¿Qué? ¿Sigues pensando en Gilda Black?

—No. Pienso en las cosas que con el tiempo dejas de recordar. Yo ya no me acuerdo de mis padres. Cómo eran, cómo hablaban. Anoche, miraba a Lena mientras dormía y rememoraba todos aquellos detalles, miles de cosas que, como padre, hice por ella. Y que hice con la clara intención de que ella, de mayor, las recordara. Y ella, en cambio, con el tiempo ya no recordará ninguna.

Mick lo mira y no sabe qué decir. Es un momento hermoso.

Entonces Fred levanta la vista hacia Mick y, con una ligera, aunque en él insólita, vehemencia, lo toma del brazo y le susurra alterado:

—Esfuerzos colosales, Mick. Esfuerzos colosales para resultados pírricos. Siempre es así.

Mick se sorprende, estupefacto.

—Esta discusión se está poniendo interesante. Necesito tabaco, me lo he dejado en el hotel. Espérame aquí, voy un segundo a comprar.

Fred asiente, triste, como derrotado.

El amigo se aleja hacia el pueblo.

De improvviso, en medio del silencio se oye el intenso chirriar de una cigarra. Fred se vuelve hacia la fuente sonora y, como en trance, se aproxima a ella.

Se ha ido a meter en medio de los árboles, donde se oyen cientos de cigarras. Luego, un pájaro empieza a emitir un trino extraño y sórdido, ensordeciendo a las cigarras. Fred se siente atraído por ese sonido nuevo. Se olvida de las cigarras y se aleja en su busca. Mira por las copas de los árboles, para distinguir el pájaro que no se deja ver. Avanza, está a punto de llegar al linde del bosque. Una nueva constelación de ruidos se suma a los precedentes: los cencerros de las vacas.

Fred sale del bosque y una suave, inmensa colina soleada se abre ante sus ojos. Diseminadas por el prado, pacen una cincuentena de vacas que sacuden a la buena de Dios sus cencerros. La visión ilumina los ojos de Fred. Mientras contempla las vacas, se sienta en una roca.

Se dedica a escuchar esta superposición descompuesta de sonidos: vacas, cigarras, pájaro.

Entonces, Fred se concentra, cierra los ojos. Suavemente, empieza a mover la mano, como un director de orquesta, y, como por hechizo, algunos cencerros callan. Otros prosiguen, pero no alimentan ya la anarquía sonora, sino que intervienen según cierto orden melódico. Con otro gesto de la mano, Fred silencia idealmente otros cencerros, solo suenan dos, que emiten notas alternas.

Un vuelo generoso del brazo, como dirigido hacia atrás, y el pájaro del bosque se suma a los cencerros. Luego, con ambos brazos, Fred convoca la intervención del coro: cientos de cigarras acompañan el solo del pájaro y el contracanto de cencerros de las vacas. Una sinfonía de la naturaleza.

Fred sigue con los ojos cerrados y sonríe para sí. Por primera vez, parece un hombre feliz.

Seleccionando mentalmente los ruidos disponibles, está logrando algo maravilloso: está componiendo.

Mick regresa al lugar donde se habían separado, en el prado. Mira en derredor: ni rastro de Fred. Enciende un cigarrillo. Al hacerlo, su mirada se detiene en algo que se mueve en un cercado lejano. Es un caballo blanco.

Mick hace entonces lo único que sabe hacer: dispone las palmas de las manos como suelen los directores de cine, simulando un encuadre cinematográfico. Cierra un ojo, y con los dedos componiendo una panorámica sigue las correrías del hermoso caballo.

Una pasarela, en la trasera del hotel, comunica el edificio con la montaña. En un receso, coinciden una decena de personas entre camareros, cocineros y enfermeras.

Han salido todos a fumar, charlan y bromean, es su momento de relax.

Hay una persona que se mantiene aparte. Fuma, pero no habla con nadie. Se la ve melancólica. Asomada a la barandilla, mira hacia abajo sin fijarse. Se trata de la masajista que estaba en la habitación de Fred.

Fred está en el pasillo del hotel, detrás de una ventana de cristal. También su cara parece imbuida de melancolía, al tiempo que observa a la chica solitaria que fuma y mira hacia abajo.

El sonido del violín que sigue ejecutando el mismo ejercicio llama la atención de Fred. Se aleja, en busca de la fuente sonora.

Fred avanza con cautela por el pasillo desierto. El violín se oye con mayor nitidez. Se topa con el médico de la cara simpática, seguido de dos enfermeras. Intercambian un amago de saludo.

Llega entonces a una habitación con la puerta abierta. La camarera está terminando de poner orden y, al fondo, junto a un espejo y ante una partitura, un niño de doce años está ejercitándose con aquellas dos notas repetidas hasta el infinito.

La mujer de la limpieza abandona la habitación con su carrito.

Instintivamente, Fred se acerca al umbral. Observa al niño mientras toca. El niño percibe una presencia y se vuelve para mirar.

Fred le sonríe. El niño le corresponde con otra sonrisa.

—¿Sabes quién compuso la pieza que estás ensayando? —pregunta Ballinger, ligeramente emocionado.

—No. ¿Quién?

—Yo.

—No me lo creo. ¿Cómo se llama la pieza?

—Se llama *Canción placentera número 3*.

El niño lo comprueba en la partitura.

—Es verdad. ¿Y el compositor cómo se llama?

—Fred Ballinger.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Fred Ballinger. Puedes comprobarlo en recepción. Soy huésped del hotel.

El niño parece sorprendido.

—Increíble.

—Sí, es increíble.

—Mi maestro me la hace tocar porque dice que es una pieza perfecta para practicar.

—Sí, tiene razón. Porque es una pieza simple.

—Pero no es solo simple.

—¿Ah, no?

—También es una pieza preciosa.

Con fría impasibilidad, Fred deja que se le derrame una cosa «cálida».

—Sí, es preciosa porque la compuse cuando todavía amaba.

El niño no parece haber comprendido esta última frase y, como si nada, retoma sus ejercicios.

Fred lo escucha, luego vuelve a interrumpirlo.

—¿Me dejas hacer una cosa mientras tocas?

El chico, algo vacilante, asiente.

—Vale.

Se pone a tocar de nuevo.

Tímidamente, Fred entra en la habitación y se acerca al niño.

Este no deja de tocar. Fred levanta un brazo hacia él y con la mano le desplaza el codo unos tres centímetros, corrigiendo la posición del arco.

Aliviado, cierra la puerta a su espalda.

—Ya está.

Solo el tintineo de los cubiertos interrumpe el silencio lúgubre de la dieta de los ricos.

A la hora de la cena están los rusos, la familia negra y manadas de ancianos. Muchas de las miradas de los presentes se ven irresistiblemente atraídas por el famoso obeso sudamericano, que come en silencio con la mujer.

En una de las mesas, un joven de unos veinte años no resiste la tentación y, a escondidas, levanta discretamente un iPhone para sacarle una foto. El sudamericano se da cuenta. Se limita, entonces, a hacerle un gesto cansino a su mujer, que lo capta al instante. Esta se levanta y va a buscar un biombo dispuesto junto a una columna; lo coloca entre el marido y el resto de la sala y desaparece tras él.

Jimmy Tree está comiendo solo y ha estado observando con absoluta concentración la escena.

Entre los presentes hay un hombre de unos cincuenta años, un coloso con una barba tupida, el pelo alborotado y parte de su indumentaria de alpinista. Parece un *hippy* trasnochado. Está haciendo frente a un consomé, y remete la servilleta de tela en su camisa.

El sudamericano obeso ha terminado de comer y cruza la sala con el bastón, sostenido por su compañera, exhibiendo un severo cansancio. Al pasar, todos vuelven a mirarlo de refilón. Pero la atención de Jimmy recae de nuevo en el bastón del hombre.

En otra mesa están Fred y Mick. Observan fijamente, sin apartar los ojos, a una pareja muy distinguida, de unos sesenta años. De sus rasgos podemos deducir que se trata de alemanes. Visten a juego, ambos de marrón y beis, a conciencia. Los dos tienen una mirada aburridísima, perdida en el vacío, y no se hablan entre ellos.

Fred y Mick charlan, pero sin dejar de observar a la pareja silenciosa.

—¿Dónde te has metido hoy? —pregunta Mick.

—Me perdí siguiendo los ruidos del pueblo.

—Pero ¿tú no te perdías en la música?

—«La música es todo aquello que se oye»: Stockhausen. ¿Tú qué has hecho?

—No te he encontrado y me fui a hablar con mi amigo médico. Esta noche ya verás como se hablan.

La pareja sigue allí, silente.

—Treinta francos a que no intercambian una sola palabra en toda la cena —dice Fred.

—Estoy tan seguro de que hablarán que me apuesto cincuenta francos.

—Hecho.

La pareja se dispone a levantarse, con gran cortesía él separa la silla de la mujer. Ella se agarra de su brazo. Están a punto de salir. Fred y Mick los siguen con la mirada hasta la puerta. Los cónyuges no se han dicho una palabra.

—Y con todo lo que has perdido en los últimos días, ya estamos en doscientos cincuenta francos.

Fred se suena la nariz y la frota cuatro veces con el pañuelo, luego lo dobla y se lo mete en el bolsillo.

Mick Boyle se pasa la palma de la mano por el pelo.

Jimmy Tree ha observado desde su mesa cada uno de sus movimientos.

Una banda de *swing* toca en un tablado en el jardín. Trata de animar la velada con un tema pretendidamente alegre, que acaba resultando solo entrañable.

En una mesa, cuatro ancianos en silla de ruedas protagonizan una señora timba.

Unos pocos huéspedes voluntariosos bailan torpemente la cancioncilla.

Un ruso y su esposa revolotean sudorosos como si participaran en un concurso. Él la deja concluir con una caída tanguera. Ella se ríe.

Jimmy Tree, absurdo con gafas de sol, está en un rincón charlando con sus amigos, entre ellos el *folksinger* Mark Kozelek.

—¿A qué hora has bajado a cenar? —le pregunta Mark.

—Muy pronto —responde Jimmy.

—Si me hubieras avisado, habría venido contigo.

—Está bien así. En la cena no me he dedicado solo a cenar.

—¿Y qué más has hecho?

—He trabajado.

Mick y Fred, en una mesita, observan con desgana la triste velada.

La canción termina y la banda ataca un tema lento. Se forman parejas.

Aterrizan en la pista los cónyuges eternamente silenciosos. Bailan con convicción, pero no intercambian una palabra ni una mirada. Ella mira, con ojos inexpresivos, a Jimmy Tree. Este se da cuenta, se baja las gafas de sol y le dirige una sonrisa cortés a la mujer. Ella no le corresponde. El marido ha seguido la escena, serio y celoso.

El alpinista *hippy*, triste y solitario, contempla la banda de *swing* mientras sorbe una infusión ardiente, que le quema el labio arrancándole un breve, intenso, desapercibido gemido de dolor.

Mick y Fred se permiten un rápido, trágico intercambio de ocurrencias.

—¿Y hoy?

—Hoy nada, ¿y tú?

—Nada.

—Esperemos mear mañana.

Mediante un esfuerzo descomunal, el sudamericano se acompaña con el bastón hasta el centro de la pista. Sonríe y tiende un brazo: invita a bailar a su compañera. Ella, radiante, lo alcanza a toda prisa. Bailan durante diez segundos, en los que él combate contra la obesidad y las piernas deterioradas por el peso. Luego se detiene, cansadísimo. La compañera se inquieta. Hace un gesto y, diligentes, dos camareros llevan una silla hasta el centro de la pista. El hombre se desploma y es como si empezara a respirar de nuevo.

Todos asisten al acontecimiento con expresión seria.

Fred y Mick también han seguido la escena. Fred se suena la nariz según el ritual establecido. Mick, aludiendo al sudamericano, dice:

—Ese hombre es el último, auténtico mito sobre la tierra. Como en la antigua Grecia. En su lugar, otro nos habría hecho reír con el numerito. Él no. Nadie se ha reído. ¿Y sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque el mito es ajeno al ridículo.

Fred camina por el pasillo del hotel. Se está retirando. Lo adelanta un anciano con silla motorizada. El hombre alcanza el recodo del pasillo, que se cruza con otro pasillo, y ahí choca con otra silla motorizada, surgida a su derecha. Un auténtico accidente a pequeña escala. Estalla un altercado entre los dos por cuestiones de prioridad e imprudencia al volante.

Fred observa la escena sin inmutarse mientras mete la llave en la cerradura, y desaparece en su habitación.

Fred en su habitación. Se desnuda. Se está quitando la camisa cuando un lamento sordo e inexplicable proveniente del baño le llama la atención. Se acerca, abre la puerta y se encuentra, sentada al borde de la bañera, sumida en el llanto y exhalando ese lamento, a su hija Lena. Se queda pasmado y, de entrada, sin palabras.

—Pero ¿qué haces aquí?

Ella llora y no responde.

—¿No deberías estar en el avión hacia la Polinesia?

Sigue llorando.

—¿Dónde está Julian?

Lena pronuncia una palabra que suena como el gruñido de un animal ignoto. No se entiende qué dice. Se pone a llorar de nuevo.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿No me contestas?

Ella no responde. No puede responder. Porque debe llorar.

De noche. Mick Boyle está vestido, tendido en la cama, entre papeles y ordenadores, hablando alegremente por teléfono.

Revueltos por la habitación, concentrados y ansiosos por conocer el resultado de la llamada, están sus jóvenes guionistas.

—Muy bien, Nick. Me alegro de que te guste la segunda versión... Sí, en el final debemos trabajar todavía un poco, nosotros tampoco estamos del todo satisfechos... Hablé con Brenda. Todo bien... Sí, claro, está impaciente. ¡Otro personaje así, a su edad, ya me dirás! Sí, ya sé que es caprichosa. Pero conmigo está tranquila, siempre dice que soy el mejor del mundo con las actrices, que solo yo sé cómo llevarla. Si estás de acuerdo, yo empezaría con las localizaciones el mes que viene... Perfecto. Bien. Adiós.

Los guionistas, satisfechos con el resultado, intercambian palmaditas y sonrisas.

Mick cuelga el auricular y levanta la mirada ante él.

Solo ahora descubrimos la presencia de Fred Ballinger, sentado en un sillón, impasible.

—¿Qué te pasa? ¿Y esa cara de funeral? —pregunta Mick.

—Tu hijo ha dejado a mi hija.

—¡Hostias! —suelta un guionista.

—Pero ¿qué dices?

—Estaban a punto de viajar y él, en el túnel del *finger*, se para y le dice que se ha enamorado de otra mujer.

—Los túneles te hacen creer de verdad que estás en un túnel.

—¡Qué observación tan profunda! Eres un auténtico mago de la metáfora —responde, irónico, Fred.

Los guionistas se carcajean por lo bajini.

—¿Y se ha ido con esa otra?

—Parece que ha tenido el buen gusto de no llegar a ese extremo. Al menos hasta hoy.

—¿Y Lena?

—Lena está en mi habitación. Llorar sin parar. En mi vida había visto a una persona llorar tanto. Yo no pensaba que se pudiera llorar tanto.

—Una vez —dice Mick— leí en una revista que los canales lacrimales pueden abastecer lágrimas durante tres días seguidos sin interrupción.

—Yo también lo sabía, pero lo vi en un documental de la BBC —comenta el guionista tímido.

—Él, a punto de morir, le dice: «Amor mío, veamos juntos un último documental de la BBC» —interviene el colega intelectual.

Fred está nervioso.

—Basta, chicos.

—Aunque no sé si era cierta esta historia de los conductos lacrimales, ¿sabes?; era una de esas revistas divulgativas que tienden a la hipérbole para vender más números.

—Creo que nos estamos yendo del tema.

—Tienes razón. Julian, menudo gilipollas. Igual que su madre. ¿Te acuerdas? Yo la idolatraba, mientras ella idolatraba a tramoyistas y electricistas.

—Idolatraba a cualquiera, Mick.

La guionista sonríe.

—El ecumenismo es un noble ideal.

—¿Ecumenismo? —Mick simula estar enojado—. Mi mejor amigo me dice que mi exmujer se iba a la cama con cualquiera, y en todos estos años no me habías dicho nada. Pero ¿veis la gravedad del asunto?

—Tú tampoco me contaste lo de Gilda Black.

—Vale, ya veo, tenías que vengarte. Ya está. Pero ahora seamos prácticos: ese cretino de mi hijo me va a oír.

Mick agarra otra vez el teléfono y marca un número.

—¿Qué haces? ¿Piensas convencerlo de que vuelva con Lena? Es inútil.

—No, pero al menos saber de qué va.

El hijo habrá dicho «diga» en el otro extremo del auricular, porque Mick ataca sin rodeos:

—Soy tu padre y en este momento, según apuntan diversos indicios, ya no estoy tan seguro de que tú seas mi hijo.

El guionista intelectual le indica al más tímido que escriba:
—Toma nota. Esto lo metemos en la peli.

Es tarde para desayunar. Un camarero está ya poniendo las mesas para el almuerzo. No hay clientes, salvo la pareja eternamente silenciosa, que termina, se levanta y se dispone a salir, sin intercambiar palabra.

Mick y Fred los siguen con la mirada y, tras haberse esfumado, Mick, desconsolado y maquinalmente, coge cincuenta francos y se los pasa a Fred.

—¿Cómo lo haces para saber con certeza que no van a hablarse?

—Porque sé una cosa de ellos que me ha confesado un camarero.

—¿Qué?

—No puedo decírtelo. Es la ventaja que tengo.

—Dímelo ya. Porque el camarero me lo contará también a mí: voy a corromperlo. Llegados a este punto, con todo el dinero que he tirado por esta historia...

—De acuerdo, te lo digo: son mudos.

Mick se sobresalta.

—¡Cabronazo! Devuélveme enseguida todo el dinero que te he dado. Eres un ladrón. Las apuestas quedan anuladas.

—¡Qué ingenuo eres! Es broma, no son mudos.

La conversación queda interrumpida por una aparición silenciosa al fondo de la sala: un hombre de unos cuarenta años, con traje impecable y corbata, seguido por una mujer también de unos cuarenta y con pinta de ser la secretaria, poco grácil y anónima, peinado de circunstancias, sin maquillaje, vestida con ropa decente y barata.

Mick y Fred observan severamente al hombre, que avanza hacia ellos. Mientras camina entrega, sin mirar, el teléfono móvil a la secretaria, que lo mete en una cartera de piel.

El hombre con traje y corbata se detiene ante la mesa de Fred y Mick. La mujer permanece a cierta distancia, peleándose con los mensajes en su móvil.

Mick mira al hombre. Es evidente que se trata de Julian, el hijo. Es un hombre de belleza sin mácula, impecable. Orgulloso y seguro, intercambia una mirada con el padre. Fred los mira a ambos como en un *ping-pong*.

—¿De qué coño va todo esto?

—Es algo perfectamente banal, papá. Me he enamorado de otra mujer.

—Y seguramente tiene dieciocho años, ¿no?

—No tiene dieciocho, tiene treinta. Una edad razonable.

—Que tenga la edad que quiera: has cometido una gilipollez.

—Eso lo dices tú.

—Sí, lo digo yo. Lena es una mujer valiosísima. Claro que, llegados a este punto, me doy cuenta de que en tus manos era un desperdicio. Demasiado inteligente para ti.

—Puede ser. ¿Por qué me habéis hecho venir? No me voy a volver atrás.

—Sí, de entrada, todos dicen lo mismo. Luego imploran a la mujer o al marido que los acojan de nuevo. Si supieras a cuántos he visto...

—Mamá te dejó y jamás te imploró que volvierais juntos.

Mick se dirige a Fred.

—¿Ves lo que te decía? ¡¿Has visto a quién ha salido este imbécil?!

—¿Un hombre es un imbécil porque de pronto, aun sin querer, por más que haya batallado a fondo para quedarse con la mujer, habiendo incluso reservado unas vacaciones de ensueño con ella, luego se ve incapaz porque simplemente se ha enamorado de otra?

—¡Igualito a su madre! Melodramático, retórico y cretino.

—Gracias, papá.

—Pero, vamos a ver, ¿se puede saber quién es esa zorra con la que andas? —espeta Mick.

—Soy yo.

Fred y Mick se quedan de piedra. Se inclinan hacia delante. Prácticamente la habían olvidado: la secretaria insignificante detrás de Julian. Y es justo ella quien acaba de hablar. Da un paso al frente y repite con dignidad:

—Yo soy la mujer por la que Julian ha perdido la cabeza. Tan pronto como obtenga el divorcio, nos casaremos.

—Exacto —dice Julian.

Fred y Mick, boquiabiertos, incrédulos, la miran y no consiguen dar con las palabras.

La mujer se sitúa cerca de Julian. Se abrazan. Él es fabuloso, guapo como George Clooney; ella, todo lo contrario.

—¿Y tú quién coño eres?

—Me llamo Paloma Faith. Y no soy una zorra, sino una cantante.

—Trabajamos juntos. Estoy produciendo su próximo disco —explica Julian, orgulloso.

Mick, acogiéndose a un mínimo de buen juicio, dice:

—Señora, ¿podría dejarnos solos un segundo? Mi consuegro y yo deberíamos decirle algo en privado a mi hijo.

—De acuerdo, pero poco rato. No logramos alejarnos uno del otro más de cinco minutos.

—Muy amable, querida, pero no te preocupes, con un minuto me basta para penetrar en la psicología de mi hijo.

La mujer se aleja con andares desgarrados, carentes de elegancia. Fred y Mick la siguen con la mirada y esperan a que haya salido de la sala. Entonces levantan de nuevo la vista hacia la expresión orgullosa e impasible de Julian.

Mick se muestra sincero. Quiere de verdad penetrar en el misterio del ser humano.

—Julian, ya me perdonarás, pero quiero entenderlo. Quizá resulte banal, quizá sea viejo y no lo entienda, pero debes explicar una cosa: Lena es una mujer muy hermosa, de ensueño. Esta individua es la mujer más insignificante de la Tierra. O sea, vamos a ver, ¿qué coño le ves a esta tipa?

Por primera vez, Julian se incomoda. Suspira. Desvía la mirada.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, de verdad.

Julian se toma su tiempo. Se asegura que la mujer no esté en la sala, luego vuelve a mirar a su padre y dice de golpe:

—Es buena en la cama.

Ahora sí que Mick y Fred se han quedado mudos.

Fred y Lena pasean por el hermoso valle.

Ella, altanera y seria, mira al vacío.

Él está incómodo y no sabe qué decirle. Luego se distrae al oír un pájaro que empieza a cantar... hasta que Lena lo trae de vuelta a la realidad.

—¿Quién es esa imbécil?

—Una tipa que se llama Paloma Faith.

—¿Y a qué se dedica?

—A lo más obsceno del mundo.

—¿El qué? ¿Prostituta?

—Peor. Estrella del pop.

—¿Y Julian qué dice?

—Pero sí ya te lo he dicho.

—La verdad es que no me has dicho nada. Has balbuceado cuatro palabras sin sentido.

—Porque era él quien balbuceaba. Está mal de la cabeza.

—Pues a mí me parece que está perfectamente bien. Ha tomado veinte decisiones en dos horas. Se ha ido de casa. Ha alquilado un apartamento. Ha hablado con el abogado para el divorcio. No parece muy desorientado. Dices que esa mujer es fea e insignificante; entonces, ¿qué encuentra en ella que no vea en mí?

—¿Y qué sé yo?

—Pero me has dicho que Mick se lo había preguntado.

—¿Eso he dicho?

—Sí, eso has dicho. ¿Y él qué ha respondido?

—¿Sabes que no me acuerdo?

—Papá, me estás haciendo cabrear. Te acuerdas perfectamente, y luego no sirves para contar mentiras. Dímelo.

—De verdad que no me acuerdo. Habrá farfullado cualquier tontería.

—Te juro que si no me lo dices me pongo a gritar aquí mismo. ¿Qué ha dicho? ¿Qué coño tiene para él esa mujer que yo no tenga? Quiero saberlo: ¿qué ha dicho Julian? Quiero saberlo.

Fred se detiene, ya no puede más. Suspira y decide satisfacerla:

—Ha dicho que esa mujer es buena en la cama.

Lena se queda de piedra. El rostro se le tensa, se exaspera. Con frialdad feroz, le dice al padre:

—Podrías no haberlo dicho.

Y se aleja con pasos veloces, dejando al padre solo en medio del valle, mientras en la cabeza de Fred empiezan a sonar aquellas dos notas tocadas por el niño, aunque no son ya de violín, sino de un sombrío contrabajo.

Entre los humos de las saunas y baños turcos, cuerpos desnudos de todas las edades parecen muertos y abandonados, a contraluz, bajo el calor y el sudor.

Cuerpos tonificados y lustrosos, cuerpos abundantes y rotundos, cuerpos decrepitos y ajados. Tales son las tribulaciones del bienestar. De este modo, algunos tratan de alargar el futuro o de perseguir sin tino el pasado de la juventud.

Y luego contornos de seres humanos, con los ojos cerrados, sepultados en bañeras bajo compresas de hierbas. Como prados humanos.

Naturalezas muertas inmóviles, mientras el contrabajo procede suavemente sin apartarse nunca de aquellas dos simples notas.

Velas, incienso y penumbra.

Fred y Lena están tendidos en unos bancos de mármol. Desnudos y boca arriba, enteramente cubiertos por compresas de barro oscuro. Parecen estatuas cristalizadas tras la erupción de un volcán. Solo los ojos se han salvado del fango, y contemplan, sin vida, un techo donde se proyectan juegos de luz insulsos, hipnóticos y suaves.

Algo toscamente, Fred intenta hacer de padre.

—Yo puedo entenderte, Lena. De verdad, créeme.

Silencio. Lena no responde. Aunque luego su réplica sobreviene lúcida, feroz y despiadada.

—¿Tú puedes entenderme, papá? ¡Y una mierda! Mamá habría podido entenderme. Mamá, que contigo se vio decenas de veces en las condiciones en que ahora estoy yo. E hizo como si nada. Estuviste con cantidad de mujeres y ella siguió adelante. No solo por nosotros, los hijos, sino sobre todo por ti. Te quería y te perdonaba. Pasara lo que pasase, quería estar contigo. Pero ¿para estar con quién? ¿Con quién?, le preguntaba yo. Alguien que en su vida no ha dado nunca nada. Tú nunca has dado nada. A ella, a mí, nada. Solo a la música le has dado. ¡La música, la música, la música! No había otra cosa en tu vida. Música. Y aridez. Jamás una caricia, un abrazo, un beso, nada. Nunca supiste nada de los hijos. Si lo pasaban mal, si estaban contentos. Nada. Todo sobre la espalda de mamá. En casa solo le decías dos palabras: «Melanie, silencio». Y mamá nos explicaba: «Silencio, papá está componiendo», «Silencio, papá está descansando, que esta noche tiene concierto», «Silencio, papá está hablando por teléfono con una persona importante», «Silencio, papá debe recibir hoy a Stravinski». Querías ser Stravinski, pero no tenías un ápice de su genio. «¡Melanie, silencio!», solo eso sabías decir. ¡Tú nunca supiste nada de mi madre! Jamás te ocupaste de sus sufrimientos. Incluso hoy, hace ya diez años que no le llevas una flor. ¡Y luego está aquella carta! ¿Te crees que mamá no la leyó? Pues te

equivocas. La encontró y la leyó. Y luego también yo la encontré. Puede que tú no recuerdes siquiera aquella carta, pero nosotros sí. La carta en la que declarabas tu amor por otro hombre. Hasta esa humillación ha debido padecer mamá. «Mis necesarias experimentaciones en materia sexual», escribías. No te bastaban las experimentaciones musicales, ¡también debías ocuparte de las homosexuales! Sin importarte un carajo el sufrimiento de aquella mujer. Así que no me digas que tú puedes entenderme, porque es imposible que entiendas una mierda.

Silencio. Fred no abre la boca. Permanecen así, sepultados bajo el barro, mirando el techo.

Una gran pared del gimnasio del hotel está acondicionada para la escalada.

El alpinista *hippy* está en lo alto de la pared, a ocho metros del suelo, colgado de una sola mano, suspendido sobre el vacío sin cuerdas, con una desenvoltura digna de admiración. Luego se dirige a la chiquilla de trece años que permanece abajo, en el suelo, junto a la pared. No ha subido ni un centímetro.

Desde la cumbre, con cariño, el hombre le dice:

—Venga, Frances, Pruébalo.

La chiquilla lo mira desde abajo y no dice nada, mientras se come las uñas.

—¿No te gustaría venir a contemplar el mundo desde aquí arriba?

La chiquilla lo mira y asiente.

—Bien, pues entonces prueba.

La niña niega con un gesto.

—Vale, pues espera.

Con tres movimientos rápidos, el alpinista está de nuevo en tierra.

—Súbete a los hombros.

La niña se sube a los hombros de ese hombre enorme. Él empieza a encaramarse con soltura por la pared, sin esfuerzo, como si en los hombros llevara una mochilita en lugar de un ser humano.

—Ahora, mientras vamos subiendo, mira abajo.

La niña, aferrada a los hombros del hombre, se vuelve y mira abajo. Allí ve a otra persona, en la puerta del gimnasio, que está mirándolos. Es Lena.

Entonces la niña palmea el hombro del alpinista, como exhortándolo a volverse. Él se vuelve, mira abajo, pero Lena ya no está. Se ha ido.

Otro jardín del hotel, más apartado y remoto, linda con un edificio donde se alojan los trabajadores. Y hasta allí no va nadie. El edificio principal del hotel se ve distante. En medio del jardín hay rosales lozanos, pequeñas fuentes y un arroyo artificial. Todo ello como una reproducción cursi de un edén lírico y florido.

No hay nadie, decíamos. Bueno, una persona: Fred. Está sentado en un banco. Observa, en medio del jardín, el arroyuelo artificial mientras chupa un caramelo. Es imposible que unos ojos estén más empañados de melancolía que los suyos. Se lo ve aturdido, ausente, absorto. Pero parece recobrase de golpe. Saca su pañuelo, se suena y repasa cuatro veces seguidas la nariz, lo dobla y vuelve a ponerlo en el bolsillo. Al hacerlo, su mirada se ve atraída por la escena que se ve por los cristales de una habitación en la primera planta. Divisa el contorno de la masajista tímida y menuda, que, en camiseta y pantaloncito corto, se aplica, con plásticos movimientos, en un baile. Baila frente al televisor, con uno de los juegos de Kinect. En la pantalla, una estilizada figura femenina despliega los movimientos a seguir.

Es maravilloso y emocionante contemplar a esa muchacha que juega al tenis virtual con un afán extremo. Está sudada, con el cabello pegado a la frente y a las sienes.

Fred la observa mientras su mano frota de manera instintiva y musical el papel del caramelo.

No se da cuenta de que, a su espalda, un hombre en albornoz blanco también está mirando a la chica que juega. Es Jimmy Tree, el actor norteamericano.

Asistencia notable a la hora de la cena. Siempre bajo aquel silencio abismal.

Fred y Mick observan a la pareja de alemanes silenciosos, hoy también a juego en su indumentaria, de tonos azules.

Lena llega a la sala. Ha renunciado a su aspecto sobrio y modesto y, luciendo un vistoso peinado, ha decidido ponerse un vestido provocativo.

Mick siente un vuelco nostálgico del corazón.

—Me recuerdas a Brenda Morel cuando tenía treinta años. Cuando rodó conmigo *En casa de James*. Deberías ir vestida así siempre, Lena.

—Es lo que voy a hacer a partir de hoy.

Fred la sigue con la mirada, pero ella evita deliberadamente mirarlo y se acomoda junto a ellos.

En otra mesa, el alpinista *hippy* no puede menos que apreciar la belleza de Lena. Se le iluminan los ojos, que enseguida se apagan, como previendo una derrota. Desolado, deja caer la cuchara en el plato y no come más.

Jimmy, en su mesa, está con Mark Kozelek y los otros amigos. Hablan todos entre sí, en grupos de dos, salvo él, que va desentrañando con la mirada, sin perder detalle, la dinámica en curso entre el alpinista y Lena.

Luego, de golpe, en el silencio, sucede algo increíble.

La mujer alemana de la pareja silenciosa se pone de pie con calma y le suelta una bofetada al esposo, de una violencia inaudita. El hombre está a punto de caerse de la silla.

Inútil decir que todos se dan la vuelta, estupefactos, para observar la escena.

La mujer de la pareja silenciosa, con gran dignidad, se da la vuelta y abandona la sala.

Mick, Fred y Lena, boquiabiertos, paralizados, siguen el acontecimiento.

En la mesa del actor, empiezan a carcajearse furtivamente, aunque no Jimmy Tree. También él, boquiabierto, sigue la escena.

El marido que ha encajado el bofetón se mantiene impávido ante las miradas ajenas. Con calma, retoma la ingesta de su crema de champiñones.

El sudamericano obeso, sostenido por la esposa, abandona la mesa y cruza trabajosamente la sala para alcanzar la salida. Sin embargo, a la altura del hombre abofeteado, decide pararse. El anciano alemán levanta la vista y el sudamericano le regala una leve sonrisa y luego, con su mano regordeta, le acaricia el rostro. El alemán muestra una expresión de gratitud y trata de devolverle la sonrisa.

El sudamericano se aleja bajo el silencio sepulcral que se ha creado.

Naturalmente, Jimmy Tree lo ha seguido todo y está poco menos que conmovido.

En el jardín frente a la piscina han dispuesto el acostumbrado tablado. Esta noche, acompañada de tres músicos, es el turno de una cantante local. Una mujer elegante, de unos cincuenta años.

La gente, sentada en sillas dispersas, sigue con atención la velada.

En una mesita están Fred, Mick y Lena. En silencio escuchan una espléndida versión de *Lili Marleen*.

Jimmy Tree, de pie, está completamente embelesado escuchando la canción. Serio, concentrado, va susurrando la letra en alemán, que conoce de memoria.

Luego nota una presencia a su izquierda. Se da la vuelta: la silenciosa señora alemana lo mira con un brazo tendido, invitándolo a bailar. Él sonríe y se le acerca. Se ponen a bailar con lentitud.

El marido de la mujer, sentado a una mesita, es como un coágulo de rabia contenida. Lo devoran los celos.

Fred y Mick, con ávida curiosidad, contemplan el baile del actor y la señora.

Como mera constatación, sin ánimo seductor, Jimmy murmura en la oreja de la mujer: —Señora, ¿sabe que lleva un perfume maravilloso?

A distancia, Mick y Fred esperan una réplica de la mujer.

Ella, azorada, no responde, pero lo abraza algo más estrechamente. También Jimmy, que se abandona al baile, cerrando los ojos. Desde su mesa, Kozelek y los amigos lo observan serios.

Torpemente, el alpinista *hippy* pretende hacer creer que pasaba por allí, pero es evidente que está dando una vuelta forzada solo para ver a Lena. Ella ni se da cuenta. Con la emoción, y a pesar de su pericia montañera, él tropieza con la pata de una mesa, sin caerse.

Termina *Lili Marleen*. La señora sonríe a Jimmy, que sonríe a su vez. Se alejan de la pista.

Ella se reúne con el marido, que la mira rabioso. Consciente de ello, la mujer evita mirarlo.

Jimmy Tree aparece con una infusión junto a Fred. Se sienta a su lado. Intercambian una sonrisa que manifiesta la simpatía evidente que existe entre ambos.

—¿Infusión a secas o cortada con *gin-tonic*?

—A secas. Trato de portarme bien.

—¡Lástima! —sonríe Fred.

Se suena la nariz a su manera. Jimmy lo observa.

—¿Qué tal va el trabajo sobre el personaje? —pregunta Fred.

—Va... bastante bien. He encontrado algunos detalles interesantes.

—Bien.

—Esta mañana, aquella chiquilla bailando sola... yo también la vi. Ha sido algo... ha sido algo...

—Inolvidable.

—Exacto: inolvidable.

Jimmy se acaba la infusión y se despide con el jocoso saludo militar habitual. Fred le sonríe, pero Lena le borra la sonrisa.

—Quizá el problema sea que Julian y yo no hemos tenido hijos.

Fred se vuelve para mirarla. Se pone serio.

—No sé cuál es el problema. No trataré de animarte soltando mentiras o cosas que nunca he entendido. Tienes razón: yo solo entiendo la música. ¿Y sabes por qué? Porque la música no tiene necesidad de palabras ni de experiencia. La música existe. Tu madre te habría entendido. Yo no. Pero tu madre no está.

Se miran. Y no dicen una palabra más.

La elegante cantante de *Lili Marleen* es la única presencia en el restaurante desierto. Sentada a una mesa con vestido de noche, perfil noble y antiguo, con los ojos bajos, concentrada como un animal hambriento, está devorando un muslo de pollo con las manos. De golpe, lo deja. Levanta la vista al vacío, con una mirada fija y aséptica, y en ese mismo momento resuena en su cabeza un verso de *Lili Marleen* cantado por ella a capela. Vuelve a bajar la vista sobre el muslo de pollo, y la canción para. Se pone a comer de nuevo con la misma voracidad.

Es tarde. Ya no queda nadie en el jardín de las veladas musicales. Solo Fred Ballinger, que se ha dormido en una silla. Luces tenues. Abre los ojos y ve que el viento está agitando simultáneamente una docena de mecedoras diseminadas por el jardín. El resto permanece quieto.

El vestíbulo del hotel está desierto, salvo por una persona sentada en un sofá: la joven acompañante rolliza y eternamente a disgusto.

Mick Boyle cruza el vestíbulo. Se dispone a retirarse. La mirada se le desvía hacia la chica. Ella le dedica un guiño cómplice y falto de gracia.

Él sonríe, pero se trata de una sonrisa paternal, un tierno rechazo. Sigue adelante.

La chica vuelve a su seriedad y tristeza habituales. Después de unos pasos, Mick se detiene, como si se lo estuviera pensando.

La chica ha notado la pausa, aunque de modo deliberado ha evitado mirar a Mick.

Mick se vuelve hacia ella. Serio y tentado. Piensa. Mira a la chica.

Cuando ella decide mirarlo, es tarde: Mick ya se ha ido.

Fred y Lena duermen en la cama de matrimonio.

Tras los cristales de la ventana, en el balcón, se va encendiendo una iluminación teatral, que alumbra a diez figuras femeninas vestidas de negro. Serias e inmóviles.

Suavemente, se oye un violín con las primeras notas de la *Canción placentera número 3*.

Las diez mujeres se suman al violín y, con voces de soprano, se ponen a cantar maravillosamente.

Fred abre los ojos y dice: «Basta».

Luego, de golpe, como poseído, se sacude las mantas de encima y se arroja contra la ventana, pero no hay nadie en el balcón. Vacío y oscuro. Fred le asesta puñetazos al cristal y grita: «¡Basta! Dejad de cantar ahora mismo. Basta».

Lena se despierta sobresaltada. Preocupada, dice:

—Papá, ya está, déjalo. Estabas soñando.

Fred se despierta. Para de gritar y permanece como colgado del cristal, extraviado. Lena le mira los hombros, pero no tiene más que decir.

Paracaidistas por diversión revolotean suave y silenciosamente por debajo de las aristadas cumbres de las montañas.

Fred y Mick pasean.

De modo algo teatral y sin venir realmente a cuento, Fred suelta:

—Esta mañana he hecho un pipí larguísimo. Y poderoso. Mientras lo hacía, pensaba: «Dios, ¿cuándo va a terminar? ¿Cuándo?». No tenía fin. Y me he puesto contento como no lo estaba desde hacía meses.

Mick disimula su disgusto.

—Bien. Me alegro por ti.

Fred nota el malestar de su amigo.

—Es broma, Mick. No ha sido así.

—No bromees con estas cosas, Fred. La próstata es algo muy serio.

—Siempre caes. Hace sesenta años que te crees todo lo que te digo.

—Yo me dedico a inventar historias. Para poder hacerlo, tengo que creérmelo todo. ¿Te acuerdas del otro día? ¿Cuándo me decías que ya no te acuerdas de tus padres?

Fred ríe.

—No, no me acuerdo.

—Sí que te acuerdas. Me hiciste pensar que yo no solo no recuerdo a mis padres, sino que de mi infancia, por ejemplo, no recuerdo absolutamente nada. Solo sigo recordando una cosa.

—¿Cuál?

—El momento en que aprendí a ir en bicicleta. Aunque resulte banal, no sabes qué felicidad. ¡La auténtica felicidad! Y esta mañana, como por hechizo, por vez primera, también he recordado el momento posterior.

—Cuando te caíste.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Porque nos pasó lo mismo a todos, Mick. Aprendes a hacer algo, eres feliz, y te olvidas de frenar.

—¿No es una metáfora perfecta de la vida?

—No saquemos conclusiones precipitadas, Mick.

Entonces sucede algo llamativo. Un chaval de once años está acercándose en dirección opuesta por un sendero de montaña. Va montado en una *mountain bike* sobre la que se desenvuelve con una soltura apabullante, pedaleando sobre una sola rueda. Mick y Fred lo siguen con la mirada sin palabras. El chaval se cruza con ellos sin renunciar a completar su camino sobre una sola rueda, veloz y silencioso como un fantasma.

Los dos amigos se vuelven a mirarlo, extasiados.

Luego Fred reflexiona y dice:

—¿Sabes qué, Mick?

—¿Qué?

—Me parece que tú y yo no moriremos nunca.

Mick se vuelve hacia el amigo, sonriendo, y parafrasea:

—No saquemos conclusiones precipitadas, Fred.

Luego hay algo que cautiva su atención: divisa a la pareja silenciosa de alemanes, que está penetrando en el bosque, vestida a juego en tonos verdes. Le hace un ademán a Fred. Este se vuelve y observa a la pareja, que se esfuma en el bosque. Fred no se lo piensa dos veces. Volviéndose hacia Mick, dice serio:

—Sigámoslos.

Agazapados tras unas zarzas están Fred y Mick, mirando. ¿Y qué ven?

Ven a la pareja de sesenta años contra un árbol, en pie, la ropa suelta a la buena de Dios: él está penetrándola con una avidez digna de un adolescente largo tiempo en ayunas.

Gozan como locos. El hombre está hecho un animal. Ella está a punto de alcanzar el orgasmo. Ya casi están. Los dos al unísono. El auténtico mito del orgasmo simultáneo. Gritan de placer.

A su manera, ya han hablado.

Impasible, Fred se saca la cartera y le pasa cincuenta francos a Mick.

Fred está recorriendo el pasillo.

Lena lo espera en la puerta de la *suite*.

Parece agitada, jadeante, ansiosa por hablar con el padre. Se nota nada más verla.

—Papá, ¿dónde te habías metido? Hay un tipo aquí desde hace una hora. Dice ser un emisario de la reina Isabel.

Fred resopla, agobiado por la inopinada visita.

—Lo he dejado en la salita.

Lena le sirve café al emisario. Los dos hombres están sentados de cara, en un sofá y un silloncito, separados por una mesita. Lena se sienta en una silla detrás del padre.

El enviado de la reina tamborilea nerviosamente los dedos en el bolsillo del pantalón, en el que se marca claramente, bajo el tejido, la cajetilla de tabaco. Fred se da cuenta.

—Puede fumar, si quiere.

El emisario no cree lo que oye. Parece estupefacto, como si hubiera sucedido un terremoto.

—¿Cómo es posible?

—El director del hotel es un melómano. Motivo por el cual gozo de pequeños privilegios.

El otro exhibe una sonrisa de gratitud infinita.

—No sabe qué gran placer me produce.

—¿Está nervioso?

—Mucho —dice, al tiempo que da una profunda y restauradora calada al cigarrillo.

—Lo que no hay son ceniceros.

—Da igual. Ya me las arreglo.

—Cuénteme, que tengo poco tiempo. Dentro de poco debo hacer la limpieza completa del intestino.

Instintivamente, el emisario simula una expresión de dolor, y añade:

—¿Duele?

—No, es solo embarazoso.

El hombre suelta un suspiro y ataca:

—No he conseguido convencer a la reina. Le referí su reticencia ante las canciones. Le propuse un repertorio alternativo. Un músico alternativo. Otro tipo de velada. No

quiere alternativas. No hay nada que hacer. Lo quiere solo a usted y a sus *Canciones placenteras*. Dice que el príncipe Felipe no escucha otra cosa.

—Lo siento. No querría parecer maleducado. Pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Se lo expliqué la otra vez que nos vimos. Motivos personales.

—¿Y no existe un modo de resolver esos motivos personales?

—Lamentablemente, no.

—Es un ruego que le hago. Mi trabajo no es fácil. Y debo volver a Londres con una respuesta positiva.

—Por el contrario, la respuesta es negativa.

Lena sigue con atención el diálogo.

—¿Qué es lo que no lo convence? No lo entiendo. ¿La fecha? ¿El lugar? ¿La orquesta? ¿La soprano? ¿La reina?

—Se lo ruego, no insista. Son motivos personales.

El emisario pierde algo de sus facultades diplomáticas y se altera levemente.

—Pero ¿cuáles son esos benditos motivos personales?

Fred no responde.

Lena empieza a comprender. Nosotros no, pero ella sí. Y a escondidas, empieza a llorar discretamente.

—Son personales y, por tanto, uno no se ve obligado a contarlos.

—Ayúdeme a resolver esos problemas personales. ¿Qué es lo que no funciona?

—La soprano —dice Fred, por decir algo.

El emisario se muestra radiante. Seguro ya de tener la solución.

—Pues la cambiamos. No hay ningún problema.

—Sería inútil.

—Por más que Sumi Jo sea la más grande y se haya declarado entusiasmada de que la dirija usted. ¡Entusiasmada! ¡En el séptimo cielo!

—No me interesa.

—Pero ¿qué tiene en su contra?

—Nada. Ni siquiera la conozco.

—¿Y entonces?!

A estas alturas, Fred pierde la paciencia.

—¡Entonces, basta! ¡Basta!

Ahora Lena llora un poquito más, tiene los ojos llenos de lágrimas. Aunque disimula, no puede.

El emisario se da cuenta, no entiende nada. Calla. Piensa, pero no sabe qué decir. Alarga los brazos, derrotado.

—La verdad es que no lo entiendo. Pero ¿cuál es el problema?

Fred vuelve a gritar. Las palabras le salen a chorro, sin pensar.

—El problema es que las *Canciones placenteras* fueron compuestas para mi mujer. Solo las ha cantado mi mujer, y solo las ha grabado ella. Y el problema, querido señor, es que mi mujer ya no puede cantarlas. ¿Lo ha entendido ahora? ¿Lo ha entendido?

Lena se ha llevado las manos a la cara. Deja de llorar. Fred parece agitado, fuera de sí, cansado.

El emisario no consigue abrir la boca. Se levanta y apaga el cigarrillo sobre el paquete. Consternado, añade:

—Sí, ahora lo entiendo y le pido sinceramente disculpas.

Alcanza con rapidez la puerta de la habitación.

Fred tiene la mirada en el vacío y Lena llora a su espalda.

Las campanillas de los pasillos tintinean alegremente.

En el puente donde el personal se dedica a fumar, todos apagan los cigarrillos y, como un rebaño llamado al orden, entran al hotel a trabajar.

La joven masajista se está untando las manos de aceite.

Fred Ballinger, boca abajo en una camilla, con la cabeza metida en un agujero, mira directamente el suelo, donde se ven unas sandalias pequeñas de mujer.

La muchacha posa dulcemente sus palmas sobre la espalda desnuda de Fred. Empieza a masajear, pero al poco se detiene.

—Le haré otro tipo de masaje, porque está estresado. O, más que realmente estresado, está emocionado.

—Sus manos lo entienden todo.

—Tocando se entienden un montón de cosas. Pero, a saber por qué, las personas tienen miedo de tocarse.

—Quizá porque se considera algo relacionado con el placer.

—Razón de más para tocarse y no hablar.

Fred se calla. Mira el pavimento. Pasado un rato, dice:

—¿No le gusta hablar?

—Nunca tengo nada que decir —responde ella, cándida.

—A veces lo olvidamos, pero qué hermosa es la sinceridad, ¿verdad?

La masajista ha cambiado de masaje. No tiene más que añadir, de modo que no habla más.

Fred se relaja y cierra los ojos.

Mick y sus guionistas están subiendo una cuesta impracticable, hacia la cumbre.

Se cruzan con una familia joven que desciende. El padre lleva una mochila a la espalda: el hijo de tres años, que duerme plácidamente. Mick observa al crío.

Alcanzan la cima. Un mirador espectacular, en el que puede sentirse el silencio suspendido del aire limpio y desde el que se aprecia una vista magnífica de los Alpes y del valle.

En el mirador hay uno de esos catalejos turísticos que van con moneda.

El grupo observa en silencio el panorama. Mick se separa un poco y mete una moneda en el catalejo.

—Venid a ver aquí —les dice a los jóvenes.

La primera en ir es la chica. Mick la orienta, mientras el resto permanece escuchando.

—Ahora, mira. ¿Ves aquella montaña allí enfrente?

—Sí. Parece que está aquí mismo.

—Exacto. Así se ven las cosas de joven. Todo muy cerca. Y eso es el futuro. Ahora ven conmigo.

La toma de la mano y la invita a mirar por el catalejo, pero por el extremo opuesto.

La chica contempla los rostros de sus jóvenes amigos, que, en la lente invertida, se ven lejísimos, aunque están a solo dos metros de ella.

—Esto es lo que se ve de viejo. Se ve todo lejísimos. Y eso es el pasado.

La chica se conmueve. Como en la lente invertida aparece demasiado lejos, no puede apreciar que el chico con el que se pelea siempre también se ha conmovido.

Se han quedado todos sin palabras.

Mick se acerca a una bolsa, se agacha, saca una botella de champán y unos vasitos de plástico, mientras cuenta:

—De niño me decía: si me hago viejo no debo cometer el mismo error que todos los viejos, hacerme pesado y pedante. Y en cambio me he convertido justamente en eso. De modo que debéis excusarme. Bien, pasemos a temas serios: Brenda se muere de ganas de empezar. Y yo me siento orgulloso de haber escrito este trabajo con vosotros. Debo confesaros algo: he hecho veinte películas, pero son todas irrelevantes. Para mí solo esta película tiene sentido. En ella está... sí, qué queréis, mi testamento sentimental, intelectual y moral. Esta película es lo único que existe para mí. Nada más. Por tanto, brindemos por el fin de la tercera redacción de *El último día de la vida*.

—Mick, ¿y el final?

—El final, antes o después, lo encontraremos. Chin chin.

En el bello jardín de árboles centenarios y senderos techados por marquesinas no hay nadie, hasta que se presenta un hombre macizo y con una barriga colosal, completamente cubierto del barro que se emplea en los masajes. Parece una estatua mal hecha. Empuña un móvil y, fuera de sí, grita al teléfono, en un italiano de marcado acento napolitano:

—Bebé, date cuenta: me estás pidiendo que entregue veinticuatro mil *mozzarellas* en dos días. ¿Lo ves o no que vives fuera del sistema solar? Escúchame bien: no me agobies durante mis vacaciones relajantes, la última persona que interrumpió mis últimas vacaciones relajantes luego ya no logró relajarse más... Adiós. Mañana te mando un WhatsApp.

Jimmy Tree y Fred Ballinger están plácidamente en la piscina. Juntos, con los hombros contra la pared, se dejan masajear la espalda por un potente chorro de agua.

Fred abre un ojo y atisba a no mucha distancia a Mick, de paseo con el médico. Conversan animadamente. Vuelve a cerrar el ojo.

Los dos bañistas permanecen en silencio, con los ojos cerrados, hasta que la proximidad del niño violinista les hace despabilar.

—Hola, Fred Ballinger.

—Hola.

—Quería decirle que después pregunté en recepción y que usted, en efecto, es Fred Ballinger.

—Bien. Me alegra que te hayas tranquilizado.

Jimmy Tree sonríe.

—Quería decirle otra cosa.

—Adelante.

—Quería decirle que desde que me corrigió la postura del codo me siento mucho mejor. El sonido sale más natural.

—Perfecto. ¿Sabes por qué? Porque tú eres zurdo. Los zurdos son anómalos, y por eso los ayuda una postura anómala.

De repente, aparece junto a ellos la cara oronda del sudamericano obeso. Ha escuchado la conversación y, revelando un marcado acento argentino, les dice cándidamente a los tres:

—Yo también soy zurdo.

Fred, Jimmy y el niño lo miran, pasmados y emocionados.

Jimmy le dedica una bonita sonrisa y dice:

—¡Dios santo! Todo el mundo sabe que usted es zurdo.

Lena, que solo lleva encima una toalla, permanece sentada al borde del agradable estanque del hotel. Con el pelo mojado sobre los hombros, se la ve más hermosa aún.

Ante ella, azorado, está el alpinista *hippy*. Cubierto también únicamente por una toalla, parece un enorme oso. Los hombros y el pecho peludos, la barba, la melena: una auténtica bestia de aire pacífico.

Ella tiene los ojos cerrados, y él no consigue quitarle de encima sus ojos bondadosos.

Trata de darse ánimo, traga saliva, está a punto de hablar; la timidez se lo impide. Lo intenta de nuevo. Es su oportunidad. Y ataca, con espeso acento tirolés.

—Soy Lucio. Lucio Moroder.

Con la vergüenza, suelta una carcajada idiota y atronadora.

Lena abre los ojos e, inexpresiva y aséptica, se limita a responder:

—Hola.

—Soy alpinista. Y monitor. Ahora doy un curso aquí en el hotel. —Y suena otra carcajada idiota que hace dudar de su inteligencia—. Este que llevo es un Forerunner 620, táctil y en color, con capacidad para calibrar el valor VO2 máx, o sea, la capacidad máxima de consumir oxígeno durante un esfuerzo extremo. Por Navidad me gustaría regalárselo a mi primo. Siempre escalamos juntos. Tenía que venir aquí conmigo, pero resbaló en la bañera y se ha roto el fémur.

Ella sonríe por cortesía.

—La bañera es más peligrosa que el Everest.

—Esa es una observación muy cierta. —El alpinista se detiene un instante—. ¿Sabe qué encontré una vez en la cima del K2?

—¿Qué?

—Una mesilla de noche.

—Mentira.

—No, en serio. La abrí y no había nada. —Tras una pausa, el alpinista prosigue—: Se experimenta una sensación muy hermosa al escalar, ¿sabe? Una sensación de libertad.

Ríe nuevamente como un memo, como si no lograra sostener lo que dice.

Lena vuelve a cerrar los ojos y comenta, vagamente irónica:

—Yo solo sentiría pavor.

—Bueno, también esa es una sensación hermosa, ¿sabe?

Y vuelve a reírse.

Lena abre los ojos, sin mirarlo.

El estanque queda bajo un cubo de cristal donde se aloja la piscina cubierta. Tras el cristal, encima de ella, Fred Ballinger observa inexpresivo a su hija.

Fred, Mick y Jimmy Tree, en sus albornoces blancos y con los ojos cerrados, están tomando plácidamente el sol en unas tumbonas.

Fred deja en el regazo un periódico abierto. Mick y Jimmy charlan.

—¿Cuál es la actriz más talentosa con la que ha trabajado, señor Boyle?

—Brenda Morel. No hay ninguna duda. Un genio. No habrá leído más de dos libros en su vida, y uno de los dos es su autobiografía, que naturalmente le escribió un negro. Pero Brenda es un genio.

Jimmy se carcajea.

—¿En qué sentido, un genio?

—Si sabes robar, no te hace falta cultura. El hurto es tu formación. Brenda es así. Incluso tras convertirse en una diva gracias a mis películas, jamás olvidó que su casa era la calle. Y ahí se quedó, en la calle, robándolo todo. Todo. Y así consiguió hacer personajes memorables. Y ganar dos óscars.

—¿Qué es lo que robaba?

—Estábamos rodando *La mujer de cristal*. Durante una escena, en la otra punta del estudio, pasa un electricista con una leve cojera, que produce un ruido imperceptible cuando apoya la pierna más corta. Nadie se había dado cuenta, pero ella sí. Estaba recitando su papel, lo deja y dice «stop». Yo grito: «Brenda, ¿qué coño haces? Solo yo digo “stop”». «Y una mierda, Mick —dice ella—, si se nos está escapando el personaje, yo digo “stop”».» Mira al electricista, que querría que se lo tragara la tierra, se ilumina y dice: «Mick, mi personaje debe tener una pierna más corta. Es coja». Yo me caigo de culo, digo: «Brenda, ¿te has vuelto loca? Tu personaje no puede ser cojo. Tu personaje es una mujer a la que desea el mundo entero, todos los hombres quieren acostarse con ella, es una mujer de fábula». Y ella: «Mick, las fábulas también pasan por apuros». — Jimmy se ríe—. Tenía razón. Y gracias a su intuición ganó su segundo óscar.

Un ruido sordo e intermitente, que al principio solo percibe Fred, lo obliga a abrir los ojos. Pero tiene el sol de frente, de modo que solo logra entrever un disco negro y pequeño que asciende contra el cielo y vuelve a caer. El ruido y, otra vez, el disquito negro.

El objeto despierta la curiosidad de Fred, que se encamina a echar una ojeada. Jimmy Tree y Mick Boyle deciden seguirlo.

Al llegar al campo de tenis, Fred, Mick y Jimmy enmudecen ante lo que presencian.

El sudamericano obeso, protagonizando un esfuerzo ímprobo, ejecuta un ejercicio de extraterrestres: con el pie izquierdo lanza muy arriba una bola de tenis y, cuando vuelve a caer, sin dejar que toque el suelo, le arrea de nuevo a unos veinte metros de altura. La pelotita amarilla contra el cielo.

Se precipita de nuevo, y vuelve a pegarle, con una naturalidad que causa impresión a la par que admiración.

Mick, Jimmy y Fred no pueden creer lo que ven. Y con razón.

El hombre, después de cinco o seis acrobacias de este estilo, agotado, lo deja. Respira fatigosamente.

Jimmy encuentra el bastón de madera de raíz apoyado en el cercado de la pista. Lo agarra y se lo lleva enseguida.

El sudamericano le reconoce el gesto con una mirada llena de gratitud. Chorrea sudor y, sin decir palabra, de espaldas, camina lentamente con el bastón.

Jimmy, Fred y Mick permanecen así, separados en la cancha, mirando al mejor exfutbolista del mundo, que, exhausto, abandona el terreno de juego.

Un cortinaje floreado a la inglesa. Frente a la pared, como todas las tardes, una mesita exhibe un espléndido servicio de té.

Un bolsito de mujer se estrella contra el servicio de té, y acaba todo por los suelos. El bolso se ha abierto al caer. Está vacío.

Pasado un rato, el emisario de la reina, conmocionado por el suceso, dice con un hilo de voz:

—¡Majestad, usted iba a atizarme!

—Sí, señor Bale, quería atizarle.

El emisario suspira, exhausto, como si el mundo entero estuviera haciéndose añicos.

Durante la cena en el hotel, la pareja de alemanes se mantiene silenciosa. Come pulcramente, desviando la mirada.

El alpinista *hippy* se ve desconsolado, sus esperanzas frustradas, mientras ojea a Lena, completamente ajena, sentada a su mesa junto a Fred y Mick.

Jimmy Tree está cenando con Mark Kozelek y otros amigos. Ríen ante la imitación perfecta de Marlon Brando que realiza el actor.

Esta noche, *sushi*. Se come con palillos.

Fred, Mick y Lena comen en silencio.

Lena, en tono secretarial, relata:

—Han vuelto a llamar los franceses. Insisten en hacer el libro de memorias contigo... tu trabajo, tu vida. ¿Qué les digo?

Su padre medita.

—Diles... —Y no añade nada.

Silencio. Mick y Lena esperan.

—¿Qué? —pregunta Lena.

—¡Que me olviden! Diles eso. Estoy jubilado. ¡Jubilado! Del trabajo y de la vida.

Mick levanta la vista al cielo, como si ya no soportara más esa cantilena, repetida infinidad de veces.

—No tengo nada que contar y, sobre todo, no me interesa —prosigue Fred.

—¿Quieres dejar de soltar chorradas? Con tu música has transmitido emociones inauditas.

—Es que las emociones, Mick, también están sobrevaloradas.

Mick arroja los palillos sobre la mesa. Se cabrea.

—Mira, cuando te pones el hábito del cínico deprimido eres insoportable. La verdad, no entiendo cómo he podido ser amigo tuyo durante todos estos años.

—Eres un hombre paciente, Mick.

—Y tú eres un idiota.

—¡Ahí está!

Lena se dispone a intervenir, pero se le adelanta la vehemencia de Mick.

—Un libro sobre tu trabajo, sobre lo que has vivido, es algo que queda para siempre. Les será útil a los jóvenes músicos, a todos. Es importante...

Fred lo interrumpe:

—Es importante... Legar tu memoria a los sucesores, transmitir el saber, hace años que escucho el estribillo, pero no son más que tristes coartadas, Mick, para fingir que no vemos el único problema.

—¿Y cuál es el único problema?

—¡La muerte, Mick! La muerte inminente.

—Y, así, mientras piensas en la muerte que se aproxima, no vives. Pero estás vivo. — Mick asiente vigorosamente. Se dirige a Lena—: ¿Entiendes por qué hace que me cabree?

—Sí, Lena lo entiende —responde Fred.

—Pero ¿no te encanta la idea de recorrer tu vida, tu trabajo? —pregunta la hija.

—No. Solo me hace daño. ¿Eso no lo entendéis? Además, no hay nada que decir. Ya lo dijo todo Stravinski. Compuso música sencilla y lo atacaron todos. «Sacrilegio», dijeron. «Ha dejado de lado la modernidad», atronaron los críticos. Pero él estaba simplemente redescubriendo el pasado y su espejo. Y fue entonces cuando soltó esta frase magnífica: «Vosotros respetáis, yo amo». ¿Qué podría añadir a eso?

Lena y Mick callan. Fred retoma los palillos, y los mantiene a media altura, sin comer. Lena lo observa.

Inesperadamente, se acerca el chico del violín. Fred ni siquiera se da cuenta.

El chiquillo, delicadamente, le desplaza tres centímetros la mano con que agarra los palillos, corrigiendo así la posición. Fred levanta la vista y exhibe una sonrisa triste.

El chico sonríe y se va corriendo, como hacen siempre los niños... siempre corriendo.

En el tablado del jardín, un faquir está tendido en una cama de púas.

Impasibles en su mesa, Lena, Fred, Mick y Jimmy Tree asisten al espectáculo vespertino.

—Estos espectáculos son la hostia de tristes. Ya solo nos falta el mimo —comenta Jimmy Tree.

—Ese suele actuar hacia el final de la temporada —dice Fred.

El faquir se levanta, incólume, de la cama de púas. Aplausos de los presentes.

Se le ve la espalda muy enrojecida, mientras escupe fuego por la boca. Y concluye:

—Gracias a todos, ahora sigan divirtiéndose con el conjunto tradicional local de cuernos.

Se instalan en la tarima ocho ancianos con cuernos muy largos que emiten una lúgubre letanía.

La persona que parece ser el director del hotel se acerca a la mesa y se dirige a Jimmy Tree, aunque Fred, Lena y Mick también asisten a la conversación.

—Perdone, señor Tree, ha llegado al hotel una nueva huésped. Se llama Joyce Owens y acaba de ganar el título de Miss Universo. Es una gran admiradora de usted y le gustaría conocerlo.

—Muy bien, aquí estoy.

El director hace un gesto y de un rincón del oscuro jardín aparece Miss Universo.

Todos la esperan con cierto nerviosismo, pero Miss Universo acaba revelándose como una terrible decepción. Lleva un chándal holgado y barato que malea sus formas y la hace parecer regordeta. Tiene la piel estropeada, el cabello se ve deslucido y sucio y lleva, por más que sea de noche, unas gafas de sol de tono violáceo y una montura vulgar y excesiva para su rostro. Por añadidura, cuando le estrecha la mano a Jimmy, le sale una voz más bien fea.

—Un placer conocerlo. Soy una gran admiradora suya. La verdad es que me extasió su interpretación de Mister Q.

Jimmy Tree levanta los ojos al cielo. Odia a Mister Q.

—Suelo ver todas las pelis de robots, pero el suyo es mi favorito.

—Gracias. ¿Y ve otro tipo de películas, aparte de las de robots? —pregunta él, sarcástico.

—¡Faltaría más! Tengo toda la vida por delante y me gustaría ser actriz. No quiero fiarlo todo al físico.

Jimmy suelta una risotada.

—¿Y qué más ve? ¿Dibujos animados?

Miss Universo se tensa levemente.

—Veo lo que me da la gana.

—¡Bien por Miss Universo!

Ahora se pone seria.

—¿Sabe qué, señor Tree?

—¿Qué?

—No tengo nada contra la ironía, pero cuando va cargada de resentimiento deja de ser ironía y revela otras cosas.

—¿Qué revela? Veamos.

—Frustración. En este caso la suya, no la mía.

Jimmy se tensa, algo nervioso.

—¿Yo estoy frustrado, Miss Universo?

—Yo me siento feliz de haber participado en Miss Universo, ¿usted lo está de haber interpretado a Mister Q?

El actor se queda mudo.

Un azoramiento general invade a los presentes.

Jimmy alarga la mano a Miss Universo, como reconociendo su derrota. Ella no se la estrecha, y se aleja.

Boyle se ajusta el flequillo con la palma de la mano y Jimmy lo mira. Luego, observando a Miss Universo, que se esfuma diligente, y a fin de romper el hielo que se ha creado, dice:

—Qué intolerable la ostentación descarada de la propia juventud.

—Sobre todo si quien escucha ya dejó de ser joven —añade Fred.

—A esa mujer hay que asesinarla a navajazos. Os lo digo, ¡a navajazos! —dice Mick, riendo.

Fred se vuelve hacia Jimmy, que se ha puesto a escuchar de nuevo el grupo musical de los cuernos. Y le suelta con cierta ironía:

—No es en absoluto idiota esta Miss Universo.

—En absoluto —responde aquel sin mirarlo.

A un tiempo, sonríen abiertamente.

Lena observa alejarse a Miss Universo con esa singular mirada de mujer a mujer, y, cuando aquella desaparece de su campo visual, se gira noventa grados y clava deliberadamente la mirada en el alpinista *hippy*, que, naturalmente, estaba observándola. Al alpinista le brillan los ojos como nunca.

Se oyen las notas de un tema *funky* que haría bailar a los muertos: *Can't Rely on You*.

Un lujoso Maserati a toda velocidad por una soleada carretera de montaña. Conduce Julian. Del asiento trasero aparece, con un maquillaje extraordinario, Paloma Faith. Ella es quien canta la canción. Va en ropa interior y se contonea sensualmente. Nada que ver con la mujer sosa y anónima vista en el hotel. Con la lengua roza la oreja de Julian, que aúlla de placer. Paloma se mueve a gatas, como una pantera en el habitáculo, rezumando crecientes dosis de erotismo. Se desliza cual serpiente y, con agilidad asombrosa, sin dejar de cantar, se cuelga por la ventanilla abierta.

Se sube al techo del coche, se pone de pie y canta y baila con gran sensualidad.

El motivo por el que no se cae del coche en movimiento es porque nos hallamos claramente en la ficción de un videoclip.

Julian se asoma por la ventanilla y la observa desde abajo, gimiendo excitado como un retrasado. Se asoma hasta tal punto para aferrar a Paloma que se ve obligado a controlar el volante con el pie. El coche pega un bandazo, pero no hay peligro: es un videoclip.

Julian retoma su lugar como conductor para evitar un accidente. Mira la carretera, pero no es fácil: Paloma aparece pegada al parabrisas.

Y va resbalando lentamente sobre el capó. Con el cuerpo aplastado contra el cristal, le guiña un ojo, le saca la lengua y se revuelve con la melena al viento, con el coche disparado a doscientos por hora.

Al final, Paloma, con un gesto acrobático, entra de nuevo en el habitáculo colándose otra vez por la ventanilla.

Se sienta junto a Julian. Este querría tocarla, pero ella, juguetona, se lo impide para acrecentar el deseo.

Mientras, sigue cantando. Se detiene un instante y dice: «¡Mira qué te he preparado!».

Abre la guantera y saca un adminículo erótico nunca visto.

Se trata de una bola de goma negra de la que sobresalen unos agujones luminiscentes. Imposible siquiera intuir el uso al que pueda ir destinado ese objeto.

—Mira esto.

Y, lentamente, hace desaparecer la bola de agujones bajo su cuerpo, pero entonces...

—¡Dios bendito! —grita Julian.

Un grito de mujer interrumpe la música y todo el resto.

Fred Ballinger enciende la luz de la mesilla, preocupado.

Lena se despierta, sobresaltada, sudorosa y anhelante, víctima de una pesadilla. Le falta el aire.

—Lena, ¿qué pasa?

Lena jadea. Retoma lentamente contacto con la realidad y empieza a respirar acompasada. Tranquiliza al padre.

—Nada, nada. Era un sueño.

—¿Una pesadilla?

—Más o menos. Ya ha pasado.

Fred apaga la luz. Penumbra. Lena se acomoda para volver a dormirse, pero no se duerme. Se dan la espalda.

Pasado un rato, ella pregunta:

—Como hombre, ¿qué te ha parecido Miss Universo?

—Una decepción absoluta.

Lena se siente sumamente confortada por la afirmación del padre. Tras una pausa añade:

—Papá, tengo que decirte una cosa... personal.

—Dime, Lena.

—Julian es un gilipollas. Porque yo soy muy buena en la cama.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Eres mi hija. Y también yo, modestamente, era un pequeño portento entre las sábanas.

Poco a poco, dejan de lado el embarazo y sueltan unas risitas en la penumbra, cada cual en su lado de la cama.

Una tienda de recuerdos y objetos artesanales de madera. Fred se inclina ojeando los estantes sin gran interés.

Jimmy Tree se aproxima al mostrador donde está el dependiente y deposita encima, orgulloso de haberlo encontrado, un bastón de madera de raíz muy parecido al del sudamericano. El empleado se pone a envolverlo.

Jimmy se mantiene a la espera cuando, a su lado, aparece la chiquilla pálida del hotel. Su aspecto ojeroso le da un aire doliente, aunque no inquietante.

La treceañera se come las uñas, nerviosa, mientras mira fijamente al actor, que lo nota y se gira. Ella lo escruta sin pudor, de un modo y durante un espacio de tiempo suficientes como para que Jimmy se sienta azorado.

—Lo he visto en una película —dice ella por fin, segura.

—¿A ti también te gustó *Mister Q*?

—No, lo vi en aquella película en que usted interpreta a un padre joven que no conoce a su hijo y se encuentra con él por primera vez en un bar de autopista, cuando el hijo ya tiene catorce años.

Jimmy se queda de piedra.

—Pero si esa peli no la ha visto nadie —murmura.

—Me gustó mucho un intercambio de comentarios, cuando tu hijo dice: «¿Por qué no me hiciste de padre?», y tú respondes: «No creía estar a la altura». Entonces comprendí algo muy importante.

—¿Qué?

—Que nadie en el mundo se siente a la altura. De modo que no hay por qué preocuparse. Adiós. Nos vemos en el hotel.

La chiquilla se aleja con la mayor naturalidad.

Jimmy se ha quedado paralizado. Mira al vacío, aturdido.

Instintivamente, se pone las gafas de sol.

Fred, quieto a su espalda, entre los estantes, debe de haberlo escuchado todo y no deja de mirar a Jimmy. Está emocionado, pero no dice nada. Se limita a mirar la espalda del actor, que, quizá en ese momento, ha llegado a conmoverse.

Jimmy y Fred caminan por el hermoso sendero que bordea el pueblecito alpino.

En silencio, rodeados únicamente por sonidos inmejorables: las cigarras y los cencerros de las vacas.

—¿Qué haces durante todo el día, Fred?

—Me han dicho que estoy apático, así que no hago nada.

—¿No extrañas el trabajo, Fred?

—En absoluto. Ya trabajé, más de la cuenta incluso.

—Pero ¿extrañas algo?

—A mi mujer. Echo en falta a Melanie.

—Leí en la Wikipedia que durante cierto tiempo, cuando eras jovencito, trataste a Stravinski.

—Es cierto.

—¿Qué tipo de persona era?

—Era un hombre sereno.

—¿Serenos? ¿Solo eso? Sé generoso conmigo, Fred. Necesito a un amigo que sea generoso conmigo. Cuéntame algo de Stravinski.

—Una vez me dijo: «Los intelectuales no tienen gusto». Desde aquel día hice lo posible para no convertirme en un intelectual. Y lo conseguí.

Jimmy calla. Siguen caminando en silencio.

—¿Y tú? ¿Qué echas en falta?

—Diría que nada, por suerte.

—Sé generoso conmigo, Jimmy.

Jimmy sonríe, lo han pillado.

—Lo que echo en falta lo descubrí hace cuatro meses leyendo a Novalis.

Fred se sorprende.

—¿Tú has leído a Novalis?

—Además de emborracharnos, esnifar coca y salir con modelos anoréxicas, a los actores californianos también nos da por leer a Novalis —responde Jimmy, jocoso.

—Tienes razón, perdona. Soy un viejo cargado de prejuicios. ¿Y qué cuenta Novalis?

—«Yo estoy siempre yendo a casa, a casa de mi padre.»

Mark Kozelek pulsa el *play* de un iPod conectado a los altavoces y se dejan oír en la habitación las notas suaves de un sintetizador. Es un tema lento e hipnótico. Los amigos de Kozelek, concentrados y atentos, escuchan la pieza. En la terraza de la *suite*, Jimmy Tree está tendido en una tumbona, escuchando, serio, la canción. Fuma un cigarrillo, que apaga luego en la taza de la infusión. Mark Kozelek se une a él y se estira en la tumbona junto a la suya.

—¿Te gusta el tema? Lo compuse ayer. Se titula *Ceiling Gazing*.

—Es fabuloso, Mark —dice Jimmy con sinceridad.

Al sintetizador se suma el canto de Mark. Una voz romántica, de escalofrío.

En su habitación, la masajista menuda y tímida está bailando suavemente. Juega de nuevo a la Kinect, pero ejecutando otro tipo de rutina.

El sudamericano está en la terraza, en calzoncillos, medio reclinado en una tumbona. La mujer, a sus pies, le está masajeando sus gruesas piernas doloridas.

La mirada de él se pierde por el valle. De pronto, tiene una visión. Se encienden unos potentes focos, como los de los estadios, y ve a veintidós hombres dispuestos en dos formaciones. Una hilera de once lleva la camiseta de Argentina, la otra la de Inglaterra.

Los veintidós suben fatigosamente la cuesta del prado y alcanzan el jardín del hotel.

Se disponen en una única fila y saludan a un público inexistente.

Parece el momento previo a un partido importante.

El sudamericano se extasía con la visión y se emociona.

La mujer levanta su triste mirada hacia él. Lo ve conmovido y le pregunta en español:

—¿En qué piensas?

Los focos del estadio se apagan de golpe.

—En el futuro.

Lena duerme en la cama de matrimonio de la *suite*. Penumbra.

Fred está en la salita, sentado en el centro del sofá. Desde ahí puede ver a Lena durmiendo. Luego aparta la mirada. Mira al vacío. Reflexiona, mientras con el pulgar y el índice frota imperceptiblemente el papel de un caramelo a intervalos irregulares, produciendo una melodía elemental y bonita.

Ese ruido discreto despierta a Lena. Abre un ojo. Sin moverse, escruta al padre inmóvil en la salita.

Luces tenues en la noche. En recepción, dos conserjes despachan las formalidades para un grupo de seis personas recién llegadas. Gente de unos cuarenta años, cuatro mujeres y dos hombres de aspecto normal. Llevan un equipaje curioso: maletas rígidas de metal.

Luego entran otras dos mujeres que llevan unas estructuras metálicas de las que cuelgan decenas de vestidos con fundas protectoras.

Se los ve cansados.

En el hotel hay un rincón con una gruta artificial con paredes de cartón piedra que simulan la consistencia geológica de los Alpes.

Una larga escalera de caracol desciende al subsuelo para terminar directamente en una piscina circular llena de agua oscura y salada, que permite flotar en la posición del muerto sin hacer el menor esfuerzo.

De hecho, en una calculada penumbra, se ve flotando boca arriba, desnudos y en desorden, a los cinco jóvenes guionistas de Mick Boyle.

Están tramando el final de *El último día de mi vida*.

El guionista con aspecto gracioso propone:

—Él, en su lecho de muerte, le murmura: «Tendría que haberme ocupado solo de ti y de nuestro cariño, en lugar de pasarme la vida tratando de convertirme en el rey de los seguros».

—O bien, suelta un comentario simple, banal: «Cuídate» —replica el guionista enamorado.

—No, hay que centrarse hasta el final en el dolor físico —interviene el intelectual del grupo—. Él debería decir: «Ni siquiera la morfina me ayuda ya».

—¿Y si le diera por pensar en un detalle insignificante? ¿Si dijera «A saber qué pasó con el llavero en forma de herradura que me regalaste hace veinticinco años»? —sugiere la chica.

Mick los interrumpe.

—No, él, en su lecho de muerte, no dice nada.

Silencio de los guionistas. Espera.

—Es ella quien habla, y dice: «Michael, he perdido tanto tiempo junto a ti... He perdido los mejores años de mi vida».

Silencio. Interviene el guionista tímido:

—Y, ante el lecho mortuario, ella, instintivamente, le arrea una bofetada.

Reacción glacial de Mick y los demás. El tímido se da cuenta y trata de salvarse:

—Era broma.

La suave música de Kozelek se deja oír en la tranquilidad de un pasillo. Un grupo de seis personas avanza por él, arrastrando las estructuras de metal y las pesadas maletas metalizadas.

El grupo pasa sin darse cuenta ante la puerta medio abierta de una habitación.

En la cama está sentado con el torso desnudo un hombre muy mayor, exhausto y sudoroso. Mira al suelo y bebe agua. La acompañante, feúcha y rolliza, se está poniendo una chaqueta. Se pone en movimiento, sale de la habitación y, caminando patosa y sin gracia, alcanza el ascensor.

De nuevo la música de Kozelek.

Todavía es de noche en el vestíbulo del hotel. Un hombre peina suavemente hacia atrás el cabello de Jimmy, mientras este se mira serio en el espejo. Uno de esos espejos de camerino, con todo de bombillas alrededor. El peluquero escala el pelo de la nuca con la maquinilla. Muy corto. En una atmósfera de cierto suspense, otras personas observan al hombre que peina a Jimmy Tree.

Luego, con gesto firme y experto, el peluquero desplaza una mecha de pelo al costado derecho. Entonces, mete las manos en un frasco de brillantina.

Una mujer de mediana edad abre delicadamente la cremallera de una funda protectora. Se atisba por un segundo un vestido verde.

La piscina azul iluminada por los focos subacuáticos desprende una luz maravillosa.

Jimmy Tree, con el pelo muy corto, nada lentamente, haciendo braza, y de espaldas. Luego sale con paso cansino, corto, de anciano. Se seca y empieza a vestirse. Se mete los pantalones de un uniforme militar verde. No le hemos visto la cara.

A lo lejos, detrás de los Alpes, empieza a clarear.

Adolf Hitler en uniforme militar trata de caminar tieso y severo por el jardín, bajo un largo techado. Lo consigue solo en parte porque se ayuda con un bastón de madera de raíz y da pasos cortos, inciertos. Se trata, en definitiva, de un Hitler algo envejecido y achacoso, de unos sesenta años.

El tal Hitler es Jimmy Tree en una perfecta recreación del personaje.

Pasea despacio y vagamente circunspecto, con porte austero y dictatorial, suprimiendo cualquier diferencia entre el personaje y el auténtico Hitler. Mira en derredor, no hay nadie.

De golpe, Hitler se detiene. Se pasa la palma de la mano por el flequillo para extenderlo mejor sobre la frente, del mismo modo en que suele hacerlo Mick Boyle, y luego, con cierto empaque, ejecuta el saludo nazi.

Lo ha ejecutado ante Frances, la chiquilla pálida de trece años, que está ahora frente a él. Jimmy permanece con el brazo alzado, a la espera de una reacción. Ella lo mira tranquila y se limita a sonreírle, en absoluto asustada por la puesta en escena.

Mick Boyle lleva puesto el albornoz en una tumbona cerca de la piscina cubierta.

Lena nada despreocupadamente, sin afanarse.

No hay nadie más.

—No te he dicho aún lo mucho que me disgusta cómo ha terminado todo entre tú y Julian.

Lena se detiene junto al borde de la piscina.

—Vamos, que querría pedirte disculpas por su comportamiento.

—¿«Disculpas»? ¿Qué tienes tú que ver?

—Digamos que como padre podría haber hecho algo más.

—Julian ha hecho lo que ha tenido a bien sin ocuparse de las consecuencias. Ha sentido el olor. También yo empiezo a sentirlo.

—¿Qué olor?

—El olor vertiginoso de la libertad —dice Lena sonriendo. Mick también sonríe.

—Sí, ya conozco ese olor.

—Pero ¿de verdad que papá no te ha contado nada de la reina, de las *Canciones placenteras* a interpretar en Londres, y de su negativa?

—Nada. No me ha contado nada.

—Qué amistad extraña la vuestra.

—¿Extraña? No, es una hermosa amistad. Y en las amistades hermosas solo se dicen cosas bonitas. El concierto de la reina no parece que perteneciera a dicha categoría.

—Dice que no puede interpretar las *Canciones placenteras* porque la única persona que podía cantarlas era mamá.

Mick se sorprende.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, se lo ha dicho al emisario de la reina.

—Ha necesitado ochenta años para decir algo romántico, ¿y a quién se lo dice? Al emisario de la reina.

Lena sonríe. Mick también.

—De noche me mira mientras duermo. Y esta noche, por primera vez en mi vida, me ha acariciado mientras dormía. Pero no dormía, lo fingía.

—Los padres saben cuando los hijos fingen que duermen.

Lena tiene ahora los ojos vidriosos, y se vuelve. Le da la espalda a Mick para que no la vea emocionada.

—¿Estás preocupada por él?

—No, no estoy preocupada por él.

Sabemos que este hotel es un lugar silencioso, pero nunca lo había estado tanto como ahora.

Todos los presentes están mirando en una única dirección: una mesa donde Adolf Hitler, ajeno a los demás, está dando cuenta de un copioso desayuno.

Lo más impactante es que todos lo miran con deferencia, con cierta sumisión, como si sesenta años después se hallaran frente al auténtico dictador, hasta el punto que hay quien, al pasar frente a él para abandonar la sala, ejecuta una leve inclinación de cortesía al *führer* y saluda:

—Buenos días.

Hitler intercambia el saludo con ademán altivo.

Luego, Hitler/Jimmy saca un pañuelo del bolsillo, se suena, y lo repasa en cuatro ocasiones sobre la nariz, tal como suele hacer Fred. Lo dobla y se lo mete en el bolsillo.

Ballinger lo observa desde su mesa y, al ver su gesto habitual copiado por Hitler, deja escapar una extraña sonrisa.

Luego se detiene ante Jimmy/Hitler la pareja alemana muda, y la mujer lo mira con severidad. Muy seriamente, lo conmina:

—No se atreva nunca más.

Fred y Mick, en ropa de montaña —gorro, gafas de sol, mochilas a la última, ceñidas camisetas sintéticas de color naranja, bermudas, botas de *trekking* Salomon de colores y raquetas—, están sentados en la telecabina que sube, suspendida en el vacío, hasta tres mil metros de altura. Miran hacia arriba, a la cumbre vertiginosa de una pared alpina rocosa y cortante. Guardan silencio.

Pasado un rato, Mick dice:

—Esta mañana he hablado un poco con Lena. Está preocupada por ti.

Fred, impasible, contempla la cima. Mick espera, pero el amigo no responde.

—Hace años que no vas a ver a Melanie. ¿Por qué no vas? Venecia está aquí mismo.

Fred se muestra imperturbable. No habla. El otro se vuelve para observarlo, pero aquel solo contempla la montaña. Mick lo intenta de nuevo:

—Lena me ha contado esa historia de la reina Isabel. No me habías dicho nada. Oye, podría estar bien, ¿no? A mí me haría muy feliz escuchar por última vez en concierto la *Canción placentera número 3*.

—A mí no.

—Tú no quieres traicionar la memoria de Melanie, pero a veces, para seguir siendo fiel, hay que tener el valor de traicionar. ¿No estás de acuerdo?

Tras un silencio, mientras sigue mirando la montaña, Fred responde:

—Mick, hay algo que sigue rondándome por la cabeza.

—¿Qué?

—¿Quién sabe cómo habría sido acostarse con Gilda Black!

Mick siente cierto embarazo.

—¡Ya! Quién sabe.

Fred se vuelve para escrutarlo porque no se fía de su reacción. Y murmura, mitad en serio, mitad en broma:

—¡Mentiroso!

Mick evita mirarlo.

Qué belleza, el silencio y los Alpes a tres mil metros. Solo el soplo del aire en las alturas.

Fred y Mick están sentados en un prado que declina hacia un valle remoto. No hay nadie. Ellos y la naturaleza. En silencio. Fred desenvuelve un caramelo y se lo mete en la boca.

Tras un denso silencio, Fred desgarrar el suave soplo del viento alpino.

—Mick.

—¡Eh!

—¿Por qué nos hemos vestido así?

Mick se carcajea.

En el silencio absoluto, Fred se pone a frotar el envoltorio del caramelo con sus intervalos musicales. El otro mira de reojo los dedos juguetones del amigo.

—¡No es gran cosa!

—¿El qué?

—El tema que estás componiendo con el papel del caramelo. Has hecho cosas mejores en tu carrera.

Ahora es Fred quien suelta una breve risotada. Luego, de golpe, se pone serio.

La acompañante rolliza y desmañada va de la mano con su madre menuda, bajo el techado que cruza el jardín a oscuras. El rótulo luminoso «HOTEL» se ve por encima de sus cabezas.

Llegan a la entrada del hotel. Como de costumbre, la madre besa a la hija y le dice:

—Pórtate bien.

La hija entra. La madre le dirige una última mirada.

Mick y Fred están sentados en unas banquetas de madera clara, en una atmósfera sofocante. Unas toallitas ínfimas les cubren los genitales. Sudan como bestias. Parece como si les rondara la muerte.

En silencio, se muestran exhaustos por la cruel temperatura de la sauna, cuando una visión los reintroduce en el espectáculo de la vida.

Ha aparecido una mujer escultural en un albornoz, que se quita.

Está desnuda.

Es de una belleza y perfección corporal que poner en mayúsculas el concepto de lo sensacional. La criatura, pues de eso se trata, se mueve con suma elegancia y feminidad mientras tiende una toalla sobre una banqueta de madera y se estira en ella, plácidamente. Ajena a su desnudez y a los dos ancianos presentes, se abandona cerrando los ojos.

Esta mujer no solo está a gusto, parece concebida para incomodar al mundo que la rodea.

Fred y Mick, incómodos, la contemplan como se contemplan los fenómenos paranormales, inexplicables, de la naturaleza. Les lleva un buen rato reconectar con el pensamiento racional. Empiezan a susurrarse frases, para que no lleguen a oídos de Perfección.

—Pero ¿quién es?

—¿Cómo que quién es? Es Miss Universo —responde Mick.

—Pues parece otra: está irreconocible.

—A base de ver pelis de robots se ha transformado.

Fred no ríe. No puede. Mira obnubilado, y exhausto, a Miss Universo.

—¿Sabes qué, Fred? A fuerza de hablar de pipí nos hemos olvidado de que nuestro miembro está destinado a cumplir también con otras funciones.

—No te excedas con las ilusiones, Mick.

—¿Ilusiones? Mira que hoy, con ciertas pastillitas...

—Pero es forzar la realidad de las cosas.

—¡¿Y qué?! ¿A qué crees que me he dedicado yo haciendo películas?

Miss Universo desplaza las piernas unos centímetros, apenas un poco, y asesta un nuevo mazazo a nuestros amigos.

—Pero a ella no le interesa, Mick. A ella le interesa un cuerpo que concuerde. El sexo es como la música. Necesita armonía. Y con razón. Y nosotros ya no estamos dotados para brindar armonía, Mick.

En ese punto, podrían ponerse a llorar, si no fuera por la aparición de un asistente.

—Señor Boyle, tiene una visita.

Mick resopla.

—Pero ¿no ve que estamos viviendo el último gran idilio de nuestra vida? ¿Y quién es el incordio?

—Brenda Morel.

Hela ahí, el genio. Brenda Morel, antaño mujer de gran misterio. Impecable y erguida en un silloncito. Pasa de los ochenta. *Lifting* diversos. Un pequeño collar de diamantes que viven de luz propia, posados sobre un cuello arrugado inasequible al cirujano plástico. Una cascada de pelo rubio que lleva a sospechar de una peluca.

Espera y, mientras lo hace, se pasa la lengua con pericia por todo el arco dental, para asegurarse de que su dentadura prístina no presenta mácula alguna de lápiz de labios.

Mick aparece en este saloncito reservado y despliega de inmediato una exhibición de alegría y afectación. Ella no. Se mantiene seria y distante.

—¡Brenda! ¡Qué sorpresa maravillosa!

—¡Hola, Mick!

Se besan en la mejilla.

—Estás espléndida, Brenda. La viva imagen radiante del *sex appeal*.

—Te confundes de milenio, Mick.

Mick se ríe más de la cuenta.

—¿Qué? ¿Ya no podías esperar más? La última versión es de ahora mismo. Nos estábamos enzarzando con el final y justo ayer, eureka, lo conseguimos. Y visto que te has presentado en persona, te la entregamos en mano. Por cierto, ¿no me habías dicho que te quedabas en Los Ángeles? ¿Qué haces en Europa?

Brenda lo mira fijamente a los ojos.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Mick?

—¡Jesús, así de pronto! Déjame sacar cuentas, eh...

—Nos conocemos desde hace cincuenta y tres años. ¿Y cuántas películas hemos hecho juntos?

—Nueve, diez...

—Once. ¿Y te parece que después de cincuenta y tres años de amistad y once películas juntos, ahora voy a ponerme a soltar chorradas?

Mick parece algo perdido.

—No, no creo... no me lo merecería.

—Exacto, no te lo mereces. Tú mereces que yo te diga al pan pan y al vino vino. Por eso he transportado mi culo desde Los Ángeles. Para hablarte en persona.

La seriedad casi rigurosa de Brenda despierta un pensamiento en Mick.

—Ya entiendo. Mira, Brenda, si es por la escena veintiuno, en la que se te describe: «Fea, decrepita, una pálida sombra de la belleza que fue», debes saber que eso no son más que licencias literarias, pero que en el estudio las cosas irán de otro modo. Yo quiero que estés esplendorosa. Tú preservas aún y debes preservar aquel misterio, aquel hechizo que te convierte en una diva eterna.

—No me lamas el culo, Mick, porque me toca los cojones, y más teniendo en cuenta lo que he venido a decirte.

—¿Por qué? ¿Qué has venido a decirme?

—Que esta peli no voy a hacerla, Mick.

—¿Cómo?

—Me han propuesto una serie de televisión en Nuevo México. Tres años de contrato. Una abuela alcoholizada convaleciente de un ictus severo. Un personaje con dos pelotas. Con eso pago el centro de rehabilitación de Jack, la escuela de cine de mi nieta Angelina, las deudas del tarado de mi marido, y me adelantan la pasta para una villa en Miami que hace catorce años que deseo. Eso he venido a decirte.

Mick se rebela, levanta la voz:

—Pero, Brenda, ¡esto es cine! Eso es televisión. La televisión es una mierda.

—Es el futuro, Mick. Es más, es el presente. Y además, hablemos claro, porque en este mundillo de mierda nadie habla claro nunca. Ya casi estás en los ochenta y, como tantos de tus colegas, con la vejez has empeorado. Las últimas tres películas que has hecho, Mick, eran una mierda. Aunque, te digo, y no solo yo, todos: ¡una mierda curiosa!

Mick Boyle parece a punto de sufrir un infarto. Grita, algo que no debería hacer por la edad y por la presión arterial.

—Pero ¿cómo te permites? ¿Cómo te permites? ¿Cómo te permites? ¿Quieres hablar claro? Pues hablemos claro. Tú, si no hubiera sido por mí, que era, soy y siempre seré un

caballero, estarías aún agachada bajo las mesas de los productores de la época. Hace cincuenta y tres años te saqué de dentro de los calzoncillos de los productores obesos y te convertí en una actriz.

Brenda está a punto de arrasarlo todo como un incendio. Grita a su vez:

—¡Hombre de mierda! Yo dentro de aquellos calzoncillos estaba perfectamente. ¿Y sabes por qué? Porque quería estar. No tengo que dar las gracias a nadie. Lo he hecho todo sola. Me pagué el Actor's Studio limpiando retretes en Brooklyn y gracias a mi madre, que se endeudaba por mí. Y entré en Hollywood por la puerta principal gracias a mí misma. Marilyn, Rita, Grace se cagaban encima cuando me veían llegar. Todo eso está escrito en mi autobiografía. ¿La has leído?

—Yo sí, lamentablemente. Eres tú quien no la ha escrito. Y es una mierda de autobiografía, del mismo modo que es una mierda esta serie que vas a hacer.

Brenda suspira, como si le faltara el aire, pero de pronto deja de gritar. Se calma. Empieza a hablar suavemente, y eso la hace más despiadada.

—La mierda es esta película tuya, Mick. Yo de cine me entero, y tú lo sabes. Eres tú quien ya no se entera. Porque eres viejo, estás cansado y ya no sabes mirar al mundo, porque solo puedes ver tu muerte, que está ahí, al doblar la esquina. Tu carrera terminó, Mick. Te lo digo a las claras porque te aprecio. Tu película testamento no le interesa a nadie y corre el riesgo de banalizar todas las buenas películas que has hecho. Y eso sería imperdonable. Esta peli solo se iba a hacer gracias a mi nombre. Al no hacerla, te salvo la vida. Y la dignidad.

Mick está extenuado. Sin fuerzas. Murmura cortante:

—Eres una desagradecida. Una desagradecida y una idiota. Es por eso que hiciste carrera.

Pero a Brenda ya no la afectan sus palabras. Ya no las cree. Así que se aleja y con una mano plagada de diamantes acaricia la mejilla de Mick, que está a punto de llorar. Y concluye:

—Sí, Mick, como quieras. Tienes razón.

Entre dientes, rezumando odio y ánimo de revancha, Mick dice:

—Yo la película la hago igualmente. Incluso sin ti.

Está llorando. Ella continúa acariciándolo.

—Venga, Mick. La vida sigue. Incluso sin esta imbecilidad del cine.

Mick esconde el rostro entre las manos, abatido.

Ella, suntuosa como la última de las divas, se pone en pie, se alisa el vestido algo arrugado, agarra su bolso de 30.000 dólares y, con porte mayestático, abandona el saloncito del hotel.

La primavera está en las últimas, porque esta noche se presenta el espectáculo del mimo. Con el aspecto que le es propio: el frac, la cara pintada de blanco, la expresión melancólica.

En un rincón, el hombre que había estado cubierto de barro se acerca a Miss Universo.

—¿Sabes que eres un ejemplar incomparable de ser humano?

—¿Sabes que estaba pensando lo mismo?

El hombre se aleja sin añadir palabra.

El mimo pretende sobrepasar una pared imaginaria, sin conseguirlo.

Jimmy Tree, vestido ya como de costumbre, y Mick asisten a la escena. A la misma mesa se sientan Fred y Lena.

Mick se halla en estado catatónico. Mira y no ve. Con la mirada perdida, suelta su monodia:

—¿Sabes con cuántas actrices he trabajado en mi carrera?

—Supongo que muchísimas.

Mick se desahoga:

—Más de cincuenta. He lanzado al menos a cincuenta actrices. Y siempre se me han mostrado agradecidas. Yo... yo soy un gran director de mujeres.

Fred y Lena se vuelven para mirar a Mick, y no hallan palabras ni expresiones pertinentes.

Jimmy Tree mira a Mick a los ojos y «recita»:

—«Así, Frank, solo así no me olvidarás jamás». ¿Se acuerda, señor Boyle?

—Yo me acuerdo de todo lo que he rodado.

—Señor Boyle, usted no es un gran director de mujeres. Usted es un gran director y punto.

El mimo, exhausto por verse incapaz de superar el muro, se deja caer al suelo y finge dormir.

Fred Ballinger está observándolo.

Lena observa al padre.

El alpinista observa a Lena.

Se oye un breve aplauso para el mimo.

Los espectadores empiezan a esfumarse. La velada ha terminado. Mick, Fred y Lena se disponen también a irse cuando la voz del chico violinista los llama:

—Señor Ballinger.

Se dan la vuelta. El niño ha alcanzado la tarima y, empuñando el violín, ataca las primeras, sencillas notas de *Canción placentera número 3*. Solo es capaz de ejecutar los primeros dos acordes, pero ha mejorado. Los interpreta muy bien y, aunque repetitivos, consigue emocionar con su ternura.

Como en un curioso suspense, todos parecen hechizados por la sencilla interpretación del niño. Jimmy Tree, Mark Kozelek y sus amigos, el alpinista, Lena, el sudamericano y su esposa, la pareja alemana, los ancianos y las cuidadoras, los rusos vulgares y la familia negra, Frances y la madre, los camareros y el médico, el director del hotel y los cocineros, como en una fábula donde todos se encuentran, protagonistas y comparsas.

Pero solo una persona se ha emocionado realmente con esas meras notas de violín, y no es Fred Ballinger, sino Mick Boyle. Tiene los ojos vidriosos.

Y Fred Ballinger es el único en darse cuenta de que Mick se ha emocionado. Impasible, Fred lo mira.

Lena está al pie de la pared de escalada. El gimnasio está desierto a esa hora. Con su hermoso vestido de noche, contempla la altura de la falsa pared rocosa.

El alpinista debe de haberla seguido, porque aparece a su espalda, cauteloso y asustado, con intención de llegar hasta ella. El alpinista es un manojo de tensión y azoramiento. Se ajusta la camisa, se alisa furtivamente el pelo y acaba poniéndose a su lado. Lena no lo mira, como si no existiera. Él tantea toscamente un acercamiento:

—¿Quiere probar una escalada?

Entonces, Lena se vuelve de sopetón hacia él. Lo traspasa con la más sensual de las miradas y añade, seria e insinuante:

—¿Sabe que yo, si quiero, puedo hacer enloquecer a un hombre en la cama?

El alpinista, como si fuera el único recurso a mano, eleva los ojos al cielo, empalidece como la cera y se desploma al suelo, desmayado. Un batacazo.

Lena renuncia de golpe al rol de mujer fatal y pasa a ser una amiga preocupada. Espeta:

—Me cago en la puta.

Se agacha sobre el alpinista tendido en el suelo. Le propina unos cachetes en las mejillas para reanimarlo. Está asustada.

—Señor, señor: despiértese, ¡hostia!

Paulatinamente, el alpinista va abriendo los ojos y ve el rostro preocupado de Lena a unos pocos centímetros de él.

Con un hilo de voz, dice:

—Para hacer enloquecer a un hombre, le basta con mucho menos.

Lena sonríe, aliviada.

La acompañante rolliza está sola y triste en un sofá. El vestíbulo está desierto. A su espalda aparece Mick, que, sin rodeos, le suelta:

—Vale, me he decidido. He ido a sacar dinero al cajero.

La acompañante se vuelve para mirarlo.

—¿Y qué quiere que hagamos?

—Pasear —dice Mick, serio.

A lo largo del jardín donde crecen los árboles centenarios, Mick Boyle y la acompañante desmañada pasean de la mano. Como una pareja de novios en sus comienzos.

Se limitan a pasear sin mirarse, las manos enlazadas, lentos y solos.

En un banco apartado, los dos guionistas presuntamente enamorados se han, efectivamente, enamorado. Se besan con la intensidad de los primeros besos. Infinitos y agotadores. En un momento dado, con el rabillo del ojo, la guionista, sin dejar de besar, divisa a Mick y a la señorita que pasean.

En la pequeña estación de tren del pueblo, en un banco frente a las vías, esperando, están sentados y tristes los cinco guionistas y Mick Boyle. Los dos enamorados se agarran de la mano.

Pasado un rato, Mick rompe el hielo:

—Venga, chicos, ¿a qué vienen esas caras? Los contratiempos, los aplazamientos del rodaje son constantes en nuestro trabajo. Acostumbraos. Ya he hablado con el productor; en cuanto encontremos otra actriz, lo retomaremos. Solo habrá que esperar algún mes más.

—Qué imbécil, esta Brenda Morel —dice el guionista intelectual.

—No hables así de Brenda Morel.

—Va allí donde sopla el viento —añade el enamorado.

Mick replica:

—Es lo que hacemos todos. Es lo que haréis vosotros para sobrevivir en esta jungla.

—Y además no es verdad que haya venido a Europa para encontrarse contigo, Mick. He leído que iba al Festival de Cannes, a una gala benéfica.

Los colegas asesinan con la mirada al tímido que acaba de hablar.

—No des a la verdad más importancia de la que tiene. Recuerda que nuestra pasión es la ficción.

—Tu película testamento, Mick, vale mucho más que la enésima serie de televisión —dice el guionista gracioso.

—¿Mi película testamento?! No sobrevaloremos determinadas cosas. La mayor parte de los hombres no solo muere sin testamento, sino que muere sin que nadie se dé cuenta.

Vuelve a hablar el intelectual.

—La mayor parte de los hombres no son grandes artistas como tú.

—Da lo mismo. Hombres, artistas, animales, plantas, hemos sido todos llamados para hacer únicamente de comparsas.

Llega el tren. Se abren las puertas.

Los muchachos recogen sus mochilas y empiezan a montar en el vagón. La última en subir es la guionista, que hasta ahora no ha soltado palabra. Mick permanece en el andén, mirando. Ella, antes de que se cierre la puerta, se vuelve hacia Mick y, con una bonita sonrisa, dice: «Él, a punto de morir, muere. Solo entonces, ella le dice, por primera vez: “Michael, te amo”».

Mick sonríe.

—¡Perfecto!

La puerta se cierra. El tren se aleja y desaparece tras una curva. Triste, Mick se da la vuelta para salir de la estación.

Solo, decepcionado y viejo, Mick avanza a pasitos por el acostumbrado sendero del valle. Está solo. El día es fabuloso. Un sol terso. Un cielo azul. El aire limpio. Las cigarras que cantan. Un edén.

Una voz de mujer, llegada de quién sabe dónde, lo llama:

—Mick.

Mick se vuelve a su izquierda, donde se extiende un prado silvestre, con la hierba a un metro de altura. Mira, pero no ve a nadie. Luego, de entre la hierba alta emerge una mujer vestida de azafata de los años cincuenta. Es ella quien ha hablado, y añade, ansiosa:

—Mick, ¿cómo debo soltar este comentario? Es que no lo sé.

Mick no tiene tiempo de responder cuando del prado emerge otra mujer, parece Jean Seberg de jovencita, en bikini. Habla como si interpretara el fragmento de una peli, con una manifiesta entonación esnob: «James, quizá ignores que yo jamás me subo a bordo de un yate cuya eslora sea inferior a los veinticinco metros».

Luego, surge de entre la hierba una rubia escultural y despistada de los años sesenta, que suelta: «Vamos a ver, chicos, ¿dónde habéis escondido mis zapatillas violeta? Ya está bien».

Mick mira y sonríe, radiante.

Ahora aparece una cincuentona vestida como una monja laica que interpreta su papel emocionada, al borde de las lágrimas: «Albert, ¡si supieras lo que me ha costado conservar la virginidad hasta hoy! ¡Hasta ti!».

Se levanta una espléndida condesa en hábito decimonónico y suelta: «Príncipe, poseo seis castillos y veinte carrozas, pero solo puedo afirmar una cosa con seguridad: la vida es aburrida».

Ahora aparece una mujer disfrazada de militante del 68: «Bien, todos queremos la revolución, con tal de que sea llevadera».

Mick pasea la mirada satisfecha por cada una de sus actrices, que van recitando comentarios de sus películas.

Emerge de entre la hierba y de espaldas una mujer de unos treinta y cinco años, melena pelirroja suelta, hombros desnudos, es una verdadera aparición, una auténtica diva, fascinante, que declama sensual y nostálgica: «Está bien, tú ganas, me acostaré contigo, pero con una condición: que no llegues al orgasmo. Solo así, Frank, lograrás no olvidarme».

Todas las actrices de Mick, como bolos que se incorporan, van apareciendo una detrás de otra. Cada una de ellas declama una frase. Las primeras que han aparecido siguen recitando la misma, a un volumen cada vez más bajo.

Al poco, la cosa se convierte en un crisol variopinto de actrices, de edades y hábitos heterogéneos (una soldado, una abuelita, una *drag queen*, una vampiresa, una cantante, una gimnasta, una bailarina en tutú, y otras tantas), diseminadas por el prado.

De nuevo, la azafata quejumbrosa: «¿Cómo la quieres, Mick? ¿Sincera, fatua, malvada? ¿Y cómo camino? ¿Cómo se mueve este personaje?».

Mick parece a punto de responder cuando la enésima actriz le llama la atención, alzándose del prado.

Es la que con mayor intensidad sobrecoge a Mick. Instintivamente, el director dice: «Mamá».

Entonces todas las actrices enmudecen, para dejar la escena a esta última.

Es Brenda Morel, en hábito teatral; parece un harapo feo y decrepito, una sombra pálida de la belleza de antaño. Neutra, declama: «Hijo mío, eras tan mono de pequeño... Pero lo que es un auténtico asco es que sigues siendo un hombre guapo. Guapo e inútil».

Mick tiene los ojos vidriosos, en el silencio del prado desierto. No hay nadie. El sueño diurno ha concluido.

Fred y Mick están en la habitación de Fred.

Uno sentado en un sillón y el otro en el borde de la cama, mirando por la ventana. Tranquilo y decepcionado, Fred lo observa con el rabillo del ojo, consciente del momento difícil por el que pasa el amigo.

—¿Has hablado con el productor?

Mick se vuelve a mirarlo.

—Fred, hace demasiado tiempo que me dedico a esto como para ignorar que con la negativa de Brenda esta película nunca se hará.

Silencio. Mick reflexiona. Luego, mira la mesilla de Fred. Observa la foto en que aparece abrazado a su esposa, diez años atrás. Viejos, pero felices. Y guapos.

—Qué guapa está Melanie en esa foto.

—Sí, es verdad. Está guapa.

—¿Sabes, Fred?, he entendido una cosa. Las personas o son guapas o son feas. Entre medio están los que son monos.

Fred sonríe con amargura. Mick también sonríe con amargura.

—Ya van terminando las vacaciones. ¿Qué harás luego, Fred?

—¡Qué voy a hacer! Vuelvo a casa. La rutina de siempre.

—Yo no. Lo de la rutina no va conmigo. ¿Sabes qué voy a hacer, Fred? Me pongo con otra película. Tú decías que las emociones están sobrevaloradas, pero eso es una gilipollez. Las emociones son todo lo que tenemos.

Luego Mick se levanta, se aproxima a la ventana, la abre, sale al balcón y, con gran naturalidad, pone un pie sobre la butaca de mimbre de la terraza, otro pie en el antepecho, y se deja caer desde la cuarta planta.

Fred apenas ha tenido tiempo de ponerse de pie; Mick ha sido lo bastante rápido e imprevisible como para no darle la oportunidad de hacer algo para salvarlo.

Un Boeing detenido en la pista. Al fondo, los Alpes.

La aeronave está llena, las nuca de todos los viajeros aparecen inmóviles.

Una azafata avanza por el pasillo. Se dirige amablemente a un hombre distinguido:

—Perdone, debería apagar su móvil.

De pronto, en el costado opuesto del avión, es decir, en la clase *business* separada por una cortina, se deja oír un monstruoso aullido ronco, que persiste con una evolución sónica descoyuntada y desgarradora.

Todos alargan el cuello, sorprendidos, hacia la clase *business*.

La azafata acude a la carrera hacia allí.

Prosiguen los gritos monstruosos, devastadores, de lo que parece ser una voz de mujer. Y más gritos femeninos, y ruido como de pelea.

El griterío se va aplacando.

Ahora todos los pasajeros ya están de pie y miran hacia delante. Cerca de la cabina del piloto y de la puerta de salida, se oyen solo voces contrapuestas y convulsas, un lamento sordo, un tumulto indistinguible.

En el epicentro del altercado, cinco azafatas, físicamente exhaustas, están inmovilizando literalmente a una persona estirada en el suelo. Una de ellas presenta un corte en el labio, sangra.

La persona reducida gime, se revuelve extenuada.

Es Brenda Morel, en el suelo, devastada. El vestido se le ha desgarrado y se le ha remangado revelando unas enaguas de anciana, color carne; el maquillaje se ha corrido, el rostro aparece irreconocible, desfigurado por el dolor y las lágrimas, y palabras incomprensibles, farfulladas, que dan miedo.

Es calva. La peluca debe de haberse extraviado en el enfrentamiento con la tripulación.

Empieza a entenderse lo que dice. Murmura exhausta pero firme a las azafatas que la retienen: «Putas de mierda, hacedme bajar inmediatamente de este puto avión».

De la cabina emerge el piloto, jadeante. Le habla a Brenda: «De acuerdo, señora, usted gana. Tengo autorización de la torre: podrá bajar».

Diseminadas por un prado, las vacas de siempre con los cencerros sonando a la buena de Dios.

Fred está sentado en una roca frente a ellas. Las mira, inexpresivo.

Luego cierra los ojos.

Empieza a mover el brazo como para dirigir la orquesta, pero esta vez no pasa nada.

Los cencerros siguen sonando descoyuntados y anárquicos.

Con los ojos cerrados, Fred deja escapar un gesto de contrariedad. Vuelve a agitar el brazo, con mayor energía, pero nada. No logra abstraerse y componer mentalmente.

Necesita la música, pero la música todavía no lo necesita a él. Vuelve a abrir los ojos, con las vacas allí enfrente. Y en voz alta las conmina de modo insensato: «A ver si calláis».

Las vacas y sus cencerros lo ignoran.

Fred agacha la cabeza, abatido. Está agotado. Le brillan los ojos de tristeza.

Sucede entonces algo sorprendente. Sin aviso previo, en medio de las vacas aterriza silenciosamente un paracaidista.

Fred lo observa. El velamen del paracaídas se posa sobre el hombre, cubriéndolo. Este se libera afanosamente, mira en derredor sorprendido y se da cuenta de que ha aterrizado en el lugar equivocado.

El paracaidista se dirige a Fred y le dice, tranquilo: «Me parece que no debía aterrizar aquí».

Y sin esperar respuesta, se aleja por la colina.

Fred lo sigue con la mirada y, bajo los ojos húmedos aún, se le escapa una sonrisa.

Una maravillosa ventana mirador que da sobre los Alpes alberga una vieja jaula de madera. Se trata de un bello objeto circular que encierra un mirlo precioso.

El pájaro entona un canto sencillo y perfecto.

Estamos en la consulta del médico de unos sesenta años. En pie, detrás del escritorio, transido de dolor, observa a Fred Ballinger, que, sentado al otro lado de la mesa, como extasiado, contempla al mirlo que canta.

El médico, cauteloso, comenta:

—Irás a Los Ángeles al funer...

—Chist —lo interrumpe Fred.

El doctor calla.

El otro, como embelesado, se levanta y se acerca a la ventana para escuchar de cerca al mirlo.

El médico también se vuelve a mirar al pájaro, que, de golpe, sin motivo, deja de cantar.

Entonces Fred se gira hacia el médico y lo suelta todo de corrido:

—¡Menudos artistas, los pájaros! No, no voy a ir a Los Ángeles. No iré al funeral de Mick Boyle. Ni volveré aquí jamás para pasar las vacaciones. Porque es completamente inútil regresar a los sitios en los que se ha sido feliz. Porque es necesario saber mirar a la cara a todo lo demás.

El médico asiente con tristeza.

—¿Cómo es que me ha llamado al despacho, doctor? ¿Qué deseaba decirme?

El médico se sienta ante el escritorio. Coge el historial clínico y lo abre.

—Tengo los resultados de los chequeos realizados estas semanas.

—¿Y qué cuentan?

—Que usted está sano como una manzana, señor Ballinger.

Fred, casi anhelante, pregunta:

—¿Y de la próstata nada?

El otro se sorprende.

—¿La próstata? Usted no ha tenido nunca problemas de próstata. Y si no los ha tenido hasta ahora, ya no los va a tener.

Fred Ballinger levanta la mirada hacia el doctor. De modo inesperado, sonríe.

—O sea, que soy viejo, pero no sabemos por qué.

El médico sonríe con cierta tristeza.

Fred mira por la ventana y divisa en lontananza, en el jardín, el contorno de la joven masajista, que, en bata de trabajo, camina velozmente. Se desplaza grácil y diligente, la joven, y él la observa con la acostumbrada vena melancólica, mientras el médico apunta:

—Así que, ¿sabe qué lo espera ahí fuera?

—No, doctor, ¿qué?

—La juventud.

Sonríe. Medita. Se entristece.

—Mick Boyle solía pasar por aquí para charlar.

Fred ve a la masajista que desaparece detrás de una hilera de árboles junto a la piscina, y le pregunta al médico:

—¿Y le habló alguna vez de Gilda Black?

—No hablaba de otra cosa.

Fred se recobra. La curiosidad lo azuza, pero disimula, a fin de obtener la respuesta que busca.

—¿Era su novia?

—Novia son palabras mayores. Todo lo que sucedió es que una vez, cuando eran jóvenes, pasearon tomados de la mano en un parque, durante unos cuantos metros.

Fred sonríe.

—Él lo llamaba «el momento en que aprendió a ir en bicicleta». ¿No se lo explicó nunca?

—No. Nosotros solo nos contábamos cosas bonitas.

Qué bonita es Venecia. Misteriosa. Única.

De noche, además, quieta, desierta, como abandonada, cuando incluso los turistas más recalcitrantes han caído ya en brazos de Morfeo.

Canales, callejones, plaza San Marcos. Todo inmóvil y monumental.

Más tarde, aparece él. Lejano, pequeño, indefenso. Caminando a pasitos como los viejos. Con unas flores en la mano. Es Fred Ballinger. Solo en la ciudad. Supera un puentecillo. Por debajo, pasa una lancha sin hacer ruido.

Una lancha taxi roza los muros del cementerio. A bordo, serio y cansado, mirando la nada, con las flores en el regazo, está sentado Fred.

Se hace de día, Fred cruza las avenidas bordeadas de tumbas. Busca a alguien. Se acerca a algunas lápidas, pero no se acuerda. El sentido de la orientación tampoco es su fuerte.

Por fin, la encuentra. Frente a él se muestra la tumba de Igor Stravinski. Aunque las flores siguen en mano de Fred.

Ahora recuerda el camino. Recorre una calleja estrecha junto a un canal. Da la vuelta. Levanta una mirada melancólica y divisa el rótulo de una clínica privada.

Fred está de pie en la sobria y bien dispuesta habitación de la clínica privada, con las flores en la mano. Mira. Observa una cama junto a la ventana donde una mujer mayor, de espaldas, con el pelo revuelto, aparece inmóvil con la frente apoyada en la ventana.

Fred se esfuerza un poco y dispone las flores en un jarroncito de plástico sobre la mesilla. Luego saca del bolsillo la foto que tenía en el hotel y la apoya ahí mismo. Se sienta cerca de la mujer, que sigue de espaldas.

Mira al suelo e, invadido por una timidez inusual, dice:

—He esperado al horario de visitas para subir a verte.

Luego, observa los hombros de la mujer debajo de la sábana.

Fred se muestra inexpresivo.

No se oye ruido alguno.

Luego, sin emoción ni entonación, empieza a hablar calmo, con normalidad.

—Ellos no saben, Melanie. Los hijos no saben. No conocen las cosas de los padres. Sí, conocen las formas, los hechos manifiestos, eso lo conocen. Saben lo que hace falta para poder alinearse con uno u otra. Necesitan simplificar. Y tienen razón. Pero no saben. No pueden saber. No saben cómo temblé la primera vez que te vi sobre un escenario. Y la orquesta, que lo había notado, se reía a escondidas de mi enamoramiento y de mi fragilidad inesperada. Ellos no saben que vendiste las joyas de tu madre para que yo pudiera terminar mi segundo trabajo, cuando todos me rechazaban y me decían que era un músico torpe y presuntuoso. Ellos no saben que tú también, y con razón, pensabas que yo era un músico torpe y presuntuoso, mientras llorabas inconsolable no porque hubieras vendido las joyas, sino porque habías vendido a tu madre. No saben cómo me amaste y cómo te amé yo. Solo nosotros dos lo sabemos. Ellos no saben lo que hemos sido tú y yo, a pesar de todo. Ese «a pesar de todo» que ha resultado tan cargante,

doloroso y negativo. Melanie, ellos nunca podrán saber que a nosotros dos nos gustaba ser, a pesar de todo, una canción placentera.

Ha terminado. Se levanta de la silla, se pone de puntillas como para tratar de ver el rostro de la mujer, pero renuncia enseguida. Emocionalmente, es superior a sus fuerzas. Se limita a alargar una mano y a desplazar unos centímetros el brazo de su mujer para acomodarla mejor.

Fred sale del hospital. Avanza. A su espalda, en el entresuelo, se alcanza a entrever, con la frente apoyada en el cristal y la boca abierta, a su mujer.

Aunque desde allí se la ve lejos.

Fred está quieto y medita. Está a punto de girarse para echar una mirada al rostro de la mujer, pero no lo consigue. Desiste y vuelve a mirar ante sí. Coge un caramelo del bolsillo, lo desenvuelve y se lo mete en la boca.

Trata nuevamente de volverse hacia ella, que sigue ahí, distante, tras el cristal, como si lo observara, cuando solo está mirando la nada. Pero tampoco ahora tiene la fuerza de mirar a su esposa.

Tiene el envoltorio del caramelo entre los dedos, pero no lo frota, se limita a arrojarlo al canal que hay ante él.

Embobado y exhausto, Fred medita. Y mientras lo hace, en su mente se oye el violín de la *Canción placentera número 3*, y esta vez no es por obra de un chiquillo, sino de un gran violinista, como fácilmente se intuye.

En el silencio más absoluto, dos sillas vacías con bordados dorados.

La platea está ocupada por una multitud elegante.

Sin preaviso ni señal alguna, toda la platea se levanta en un silencio espectral. Han entrado en el teatro dos personas: la reina Isabel II y el príncipe Felipe.

Se acomodan en las dos sillas elegantes; sus reales siluetas se recortan a contraluz, por los focos del teatro.

La platea vuelve a sentarse.

Un gran violinista retoma la introducción de la *Canción placentera número 3*. «Adagio», a volumen discreto.

A contraluz, el príncipe Felipe muestra unos ojos rebosantes de alegría y expectación. Ojos de niño.

En el escenario, la gran soprano surcoreana Sumi Jo traga saliva a escondidas, presa del ansia y la emoción. Se está preparando.

También a contraluz, la reina Isabel mira un instante al consorte y se la ve contenta.

El emisario, apartado en un palco, observa de lejos a la reina y al príncipe, pero él, el emisario, es aún un manojo de nervios.

Sumi Jo abre la boca y parece que vaya a desfondar el teatro tras atacar un magnífico y desgarrador canto de amor.

La gran platea de personas sumamente elegantes se sobresalta un ápice en sus asientos, como hechizada por la voz de la soprano.

El agudo de Sumi Jo concluye. Ha sido breve.

Fred Ballinger, concentrado al máximo, perfecto amo de sí mismo, agita con gesto generoso la batuta y toda la orquesta entra en juego. Cuerdas y vientos atacan al unísono, «ascienden», y en toda la platea se contagia la piel de gallina.

Jimmy Tree, sin sus amigos, solo entre el público, avanza un poco sobre su asiento.
Tiene los ojos vidriosos por una emoción infantil.
La *Canción placentera número 3* es preciosa y arrebatadora.

Los rostros de Lena y del alpinista *hippy*. Tocándose casi.

Podrían besarse si no fuera porque ella está temblando.

Él se ríe, algo tontín. Están tan cerca... Luego ya no ríe más. La mira. La agarra fuerte. Ella ya no tiembla. Lo mira.

Sabemos que están a punto de besarse, pero todavía no.

Lena y el alpinista están suspendidos en el vacío a cuatro mil metros de altura. Por debajo, el vacío. Ella se aferra a él. Su vida pende de una cuerda y de los mosquetones.

Un gesto del brazo de Fred y cuerdas y vientos se suavizan hasta apagarse. Solo queda el violín.

Fred vuelve la cara hacia Sumi Jo. Con un gesto de los ojos le da la señal.

Sumi Jo ataca con otro agudo brutal, largo y perfecto.

Fred no puede evitar contemplar a la soprano surcoreana mientras se prodiga. Ella también lo mira.

Entonces Fred sigue mirándola, pero es como si mirara a otra persona...

La mujer, Melanie.

En el entresuelo del hospital.

Los cabellos blancos revueltos, el rostro deshecho por la enfermedad, los ojos perdidos en el vacío y la boca abierta, como si cantara.

Sumi Jo, con la boca abierta, sigue en pleno agudo.

Fred Ballinger la mira y disimula hábilmente cualquier tipo de emoción.

Sumi Jo intercambia una mirada. Espera, y ante un gesto firme de la mano de Fred, concluye de golpe, con pericia, el agudo bestial.

La orquesta se encamina hacia el final.

Fred Ballinger, con un movimiento seco y definitivo de la batuta, detiene la música.

La orquesta se para.

Silencio absoluto. El mundo se ha detenido.

El emisario de la reina suspira aliviado.

Ha ido bien.

Jimmy Tree está erguido en la silla con la boca medio abierta, suspendido entre el estupor y la conmoción. Espera la continuación.

Fred Ballinger, lentamente, con gesto experimentado, se vuelve hacia la platea. No hay señal de autocomplacencia.

Impasible, es una esfinge, un profesional. He ahí quién es: un profesional.

Por debajo están los espectadores. Todos con los ojos vidriosos por la emoción.

Fred Ballinger espera imperturbable a que se recobren de la emoción. Sabe que hay que esperar un instante para que la emoción ceda paso al aplauso.

Sabemos que van a aplaudir, pero todavía no.

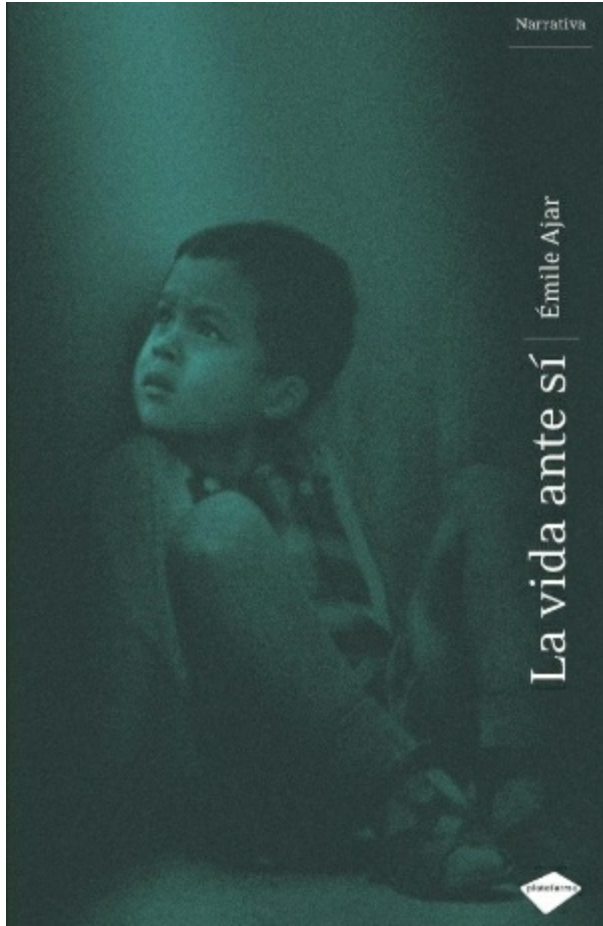
Paolo Sorrentino

Abril de 2014

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com



La vida ante sí

Ajar, Émile

9788416620463

222 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Momo, un niño musulmán huérfano, cuenta su estremecedora historia al lado de la señora Rosa, una anciana judía superviviente de Auschwitz, que acoge a los hijos de las prostitutas en su pensión clandestina en Belleville, suburbio parisino. Aquí malviven emigrantes ilegales y toda suerte de perdedores. Momo no tiene a nadie en el mundo y, cuando se entera de que la señora Rosa padece una enfermedad, intenta luchar contra la decrepitud que va consumiendo a la vieja prostituta, a pesar de los cuidados que le prodigan la señora Lola, un ex boxeador senegalés y el señor Walouma, un barrendero de Camerún. A través de la mirada de Momo, enfrentado prematuramente a la crudeza de la vida, el lector se sumerge en las reflexiones de un niño que habla de su mundo, del racismo, de la soledad y del miedo, con una rara mezcla de humor, ingenuidad y ternura. El resultado es de una notable grandeza humana y belleza literaria. Moshe Mizhari dirigió una película basada en esta novela, estrenada en España como Madame Rosa y protagonizada por Simone Signoret. Los lectores de Romain Gary/Émile Ajar encontrarán en esta obra algunas de las conmovedoras claves de la vida de este gran autor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno.

"Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21^a
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas
Más de **100.000**
ejemplares vendidos
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
La juventud	6
1	6
2	11
3	13
4	16
5	17
6	19
7	21
8	23
9	24
10	25
11	27
12	29
13	33
14	34
15	36
16	38
17	40
18	41
19	42
20	45
21	48
22	50
23	52
24	53
25	54
26	56
27	59
28	60
29	62

30	63
31	64
32	67
33	68
34	70
35	71
36	73
37	75
38	76
39	77
40	79
41	82
42	84
43	86
44	88
45	90
46	91
47	92
48	93
49	94
50	95
51	97
52	98
53	99
54	100
55	101
56	103
57	104
58	106
59	107
60	109
61	113
62	116
63	118
64	120

65	121
66	123
67	124
68	126
69	127
70	129
71	130
72	132
73	133
74	134
75	135
Colofón	136